



¿NUEVA ADMÓN. O VIEJA ADMÓN.?

Es paradójico que las primeras acciones de la segunda alcaldía de Federico Gutiérrez, al menos las que se hacen para promoción en redes, hayan sido la limpieza de muros, el rodillo con pintura gris para mostrar una ciudad limpia y segura. Paradójico ya que su antecesor fue conocido como Pinturita. Comenzamos, entonces, por las fachadas y una mirada bien restringida sobre movimientos culturales alrededor del grafiti. La alcaldía intenta definir qué es mugre y qué es arte en las paredes, un chicharrón difícil de resolver desde la Secretaría de Cultura. Todo es más sencillo desde la Secretaría de Seguridad.

Sentarse por segunda vez en la silla del piso doce de La Alpujarra tiene grandes ventajas. El oficio público, más que todos los demás, solo se aprende encandilado o cegado por las luces del poder. Pero Gutiérrez ha demostrado que no podrá ser muy distinto a sus manías, sus ideas y sus lealtades. Los políticos no son buenos para aprender o corregir. Genio y figura hasta la reelección. Su gabinete es calcado del que nombró hace ocho años, algunos de ellos son los mismos en distintas secretarías, otros tantos tienen casi toda su experiencia laboral bajo su mando y los nuevos son admiradores de su líder. Siempre hace falta un corrector de ideas y estilo al interior del gobierno y el alcalde no parece tenerlo.

Pero sigamos con las primeras promociones de la nueva administración. Luego de los muros vinieron los reflectores sobre los cambuches de los habitantes de calle. La Secretaría de Seguridad mostró como lucha contra la criminalidad recoger los tios de los habitantes de calle y montar a algunos a una camioneta de la policía. Gutiérrez y su secretario de vigilancia saben que ahí no está la criminalidad, y que la solución para esas zonas históricas de mala vida y fácil muerte es mucho más compleja que la requisita. Valdría la pena un poco de humanidad en una ciudad donde el año pasado fueron asesinados 49 habitantes de calle. Invocar la limpieza también tiene sus riesgos.

Hace unos años la policía encontró 46 cámaras de videovigilancia instaladas por los pillos en Bello. Casi compartían postes con las cámaras oficiales, se miraban las unas a las otras. Daniel

Quintero montó sus *robocops* parlantes en su administración. Copió el modelo de una empresa gringa y los mandó a hacer en un taller en Yumbo, Valle. Fueron más robo que *cops*. Las cámaras de vigilancia se han convertido en una herramienta de curiosidad. Vemos los robos por las redes. Son más una advertencia a las posibles víctimas que una protección. Ahora seguro volverá el Fícoptero y la nueva temporada de cámaras. ¿Será que vuelve la aplicación Te Pillé? En el periodo 2016-2020 la administración de Federico Gutiérrez alentó a los ciudadanos a reportar robos y otros delitos compartiendo videos en tiempo real con la policía. Cada ciudadano con su *bodycam*. La distopía de una ciudad de vigilantes anónimos: la casa de los garosos. Pero no todo era vigilar y castigar, también estaba el papá de la campaña "Pórtate bien". Algo así como, más le vale.

Pero las cosas serias están fuera de las calles. Las cárceles definen buena parte del comportamiento de la criminalidad en Medellín. Los doce duros en Itagüí están pendientes de las ofertas de

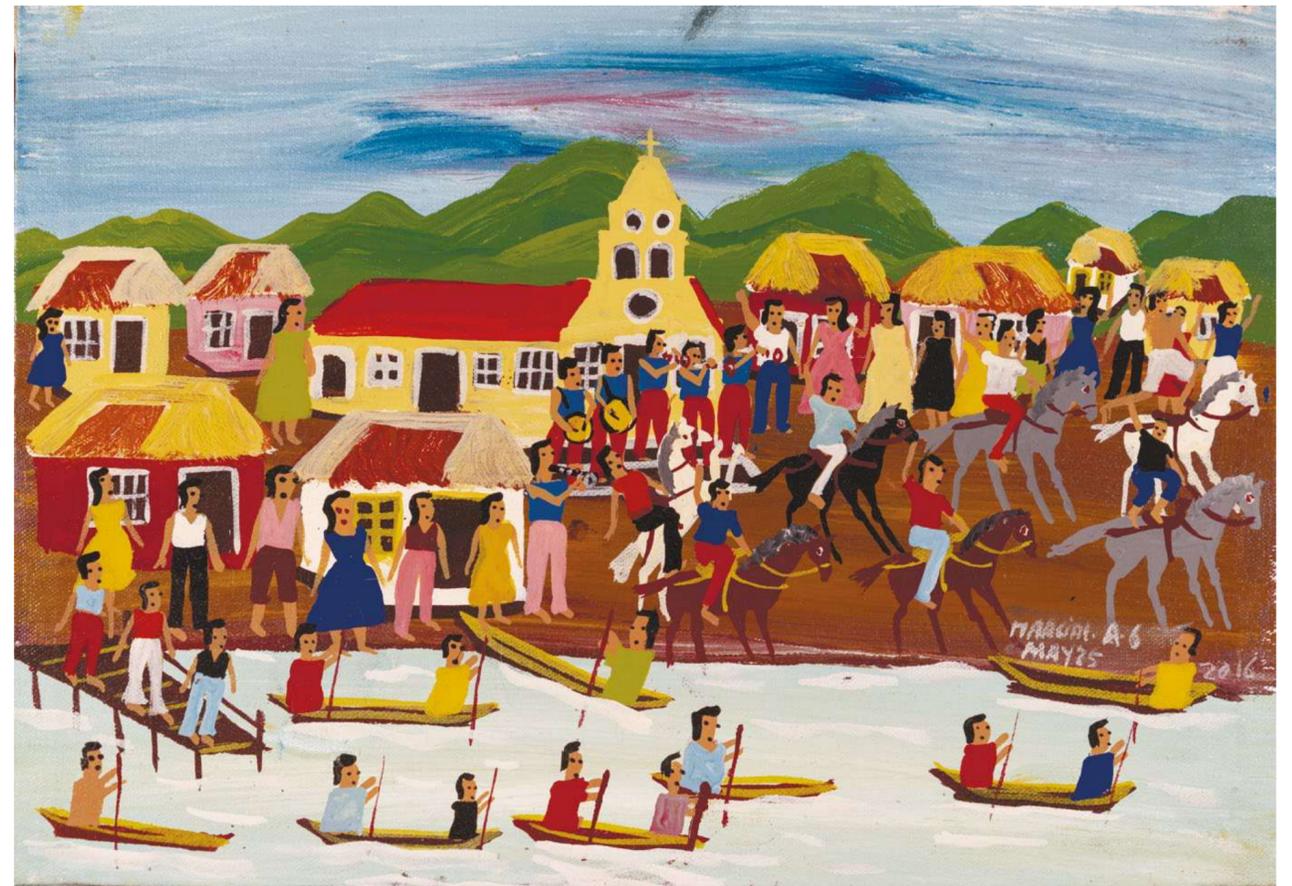
la paz total. Y saben que el alcalde no es afecto a las negociaciones. Los contactos de su Gustavo Villegas, exsecretario de seguridad, con algunos miembros de La Oficina le han valido una reputación que no tiene sustento serio. Villegas fue condenado por abuso de función pública y abuso de autoridad. Sus contactos con jefes de bandas fueron más un alarde y una ingenuidad que una negociación. Pero la verdad es que Gutiérrez dio una guerra contra los poderes criminales en la ciudad y los mismos capos lo reconocen. Uno de los duros lo explicó hace unos meses en entrevista con *Verdad Abierta*: "Desde la Alcaldía de Federico Gutiérrez, empezamos a hacer unos acercamientos y eso se volvió una catástrofe con lo que ocurrió con Gustavo Villegas, entonces el alcalde decidió perseguirnos, no quiso sentarse a hablar ni sacar adelante un proyecto de paz, sino perseguirnos, entonces surgió un cartel de las recompensas". Lo último fue el asesinato de Pichi Gordo y las preguntas por si volverá una época de venganzas. En lo llovido del año la ciudad tiene un trece por ciento menos de homicidios con respecto al mismo periodo del 2023. Y no parece visible un regreso a las épocas cruentas de la guerra entre Sebastián y Valenciano hace más de quince años. Es claro que en cuanto a seguridad lo más importante pasará en el detrás de cámaras.

Los primeros días han mostrado otras cosas preocupantes. La manía de los más buscados llevó a la administración a publicar un cartel con activistas feministas que quebraron vidrios de estaciones de Metroplús y rayaron otros bienes públicos. Una absoluta desproporción y un señalamiento consentido hasta por la Secretaría de las Mujeres. Una muestra del compromiso con la protección del vidrio y el señalamiento descabellado y peligroso a las personas. Gutiérrez, sabemos, es muy bueno para señalar. La del *sheriff* es su buena estrella.

También es grave la acusación de venganza política que ha emprendido contra quienes trabajaron en la administración de Quintero. Funcionarios y contratistas que han trabajado por años en la administración municipal y no tuvieron poder de decisión en la alcaldía pasada ahora son señalados. Esa cacería no ha permitido el inicio de muchos programas oficiales. Medellín necesita un gobierno alejado de la corrupción de cuatro años, no una purga politiquera.

Esta administración tiene grandes ventajas. Llega luego de los años funestos, cuando hacer las mínimas tareas públicas y no usar la caja menor para gustos de fin de semana ni la caja mayor para el beneficio personal son grandes logros. Federico Gutiérrez terminó su primera alcaldía con más del 85 por ciento de popularidad. El conformismo es su gran enemigo, el aplauso puede hacer que sus metas, ideas y obras sean las mismas. Que se conforme con pelear con la casa de Griselda como peleó con el edificio de Pablo. Esperemos que las canas de la carrera presidencial le hayan dejado algunas inquietudes para no sentirse tan sobrao. La creación de una Secretaría de Turismo, el intento de control a las rentas cortas, algo que necesita más voluntad que nuevas normas, el compromiso de mirar con seriedad el abuso sexual a niñas y adolescentes dan una noticia esperanzadora sobre posibles prioridades.

Hasta ahora Juan Gómez Martínez había sido en único alcalde repitente en Medellín. Gutiérrez es el segundo con una segunda oportunidad, esperamos que sea más abierto a las ideas diversas, menos afecto a la pantalla fácil y costosa de la propaganda, más concentrado en el tema de educación donde no lo hizo mal entre 2016 y 2020, que no sea innecesariamente combativo frente al gobierno Petro y que cambie su afán de jefe de cuadrante por uno más serio y efectivo. Un compás de espera para las segundas partes que nunca han sido buenas. ©



MARCIAL, EL PINTOR DE LA ALEGRÍA

1936-2024

por RICARDO ZULUAGA GIL

En pocos pueblos de Colombia el campear de la corrupción política y la inviabilidad social se hacen tan evidentes como en Santa Cruz de Llorica, Córdoba, una antigua población que se asienta a la orilla del imponente río Sinú y que es caótica y bulliciosa. La localidad, que es la cuna de los escritores David Sánchez Juliao y Manuel Zapata Olivella, así como de una larga lista de políticos todos execrables e innombrables, todavía preserva un notable caso histórico en el que sobresalen varios edificios afrancesados y una bella plaza de mercado en la que se pueden conseguir diferentes condimentos y especias, al mejor estilo de los zocos del Oriente Medio. A pesar de todo ello, es un pueblo cuya vida se desenvuelve en una completa anarquía, y en el que la informalidad, la indiferencia y la pobreza se conjugan maravillosamente para pintar un panorama desalentador para quien piensa en el futuro de este país.

Pues bien, a escasos ocho kilómetros de su casco urbano, por la misma vía que conduce a Purísima y Momil, se emplaza el corregimiento de San Sebastián, un pueblo de pescadores y alfareros ubicado a un lado de la Ciénaga Grande de Llorica, un gigantesco ojo de agua en el que se pescan en abundancia el bocachico, la mojarra y el moncholo. En ese lugar, que encaja perfectamente en la imagen estereotípica que todo turista espera encontrar en la Colombia profunda, en una modesta vivienda de un solo piso y de techos de paja, habitó hasta su muerte, ocurrida hace pocos días, un hombre que, por su bondad y su talento innato, se constituyó en un destello de esperanza en medio de ese caluroso paisaje.

Marcial nació, vivió y murió en esa pequeña localidad, en ella formó su familia y fue también en ella donde llegó a la pintura de manera intuitiva, autodidacta y casi accidental. Es que este hijo

de agricultores sumaba 35 años cuando, después de ver una película mexicana en un destartado teatro de Llorica, descubrió que el arte podía ser su alternativa de vida y con gran decisión le dedicó los siguientes cincuenta años de su vida. Y lo hizo con tal éxito que es, sin duda, junto al ocañero Noé León, artista muerto en 1978, el mayor exponente en nuestro país del llamado arte popular, primitivista o naif.

Nunca emigró de su San Sebastián natal, donde crio a su familia, mantuvo su taller y recibía con sencillez y jovialidad a quienes llegaban hasta él, fuera con ánimo de comprar alguna obra o con el simple propósito de curiosear en las dos salas tapizadas de cuadros que exhibía en su casa, la mayoría de los cuales eran de su autoría o de su hijo Mauricio o de alguna de sus nietas, quienes, con la misma ingenuidad y constancia, mantienen el legado del primitivismo colombiano desde esa aldea olvidada.

Las obras de Marcial, todas de distintas dimensiones, son una atrayente explosión de color y reflejan una profunda alegría interior, esa misma que ha caracterizado al hombre caribe y que se expresa en ese cierto desparpajo para enfrentar la vida, un eficaz remedio que les permite capotear con relativo éxito los embates a los que los someten el calor inlemente, el olvido proverbial y la corrupción de la politiquería. Corrales, riñas de gallos, bailes populares, bandas de porro, en fin, todos los elementos que constituyen la expresión más auténtica de la cultura del Bajo Sinú son las escenas que quedaron plasmadas

en los numerosos cuadros que este pintor genial ejecutó a lo largo de su vida y en los que, a falta de mar, abundan las referencias a la ciénaga y al río.

Lo visité en su humilde casa en enero de este año y lo encontré visiblemente enfermo, pero igualmente cálido y afable. No me costó mucho intuir que, dada su avanzada edad y la naturaleza de la enfermedad, habría un pronto desenlace. Supe que no habría otra oportunidad y por esa razón esa misma tarde, después de observarlas mucho rato y tomar la difícil decisión de escoger una entre las muchas que me atraían, adquirí una de sus obras de gran formato, la misma que hoy adorna la sala de mi casa. Pocos días después, un amigo norteamericano que vive en Michigan, y que ama esta ciudad a la que viene con regularidad, me visitó, le conté la historia de mi experiencia con Marcial y le mostré el cuadro, así como varias fotos que tomé en su casa taller. Y como es un gringo que conoce de arte y le gusta coleccionar, lógicamente enloqueció con su obra, insistió en ir personalmente a San Sebastián, una aventura de la que con dificultad lo disuadí y finalmente optó por comprar, a partir de fotos, una especialmente colorida que en este momento navega en la bodega de un barco mercante rumbo a su espaciosa casa en las afueras de Detroit, para hacerle compañía a la notable colección que este entusiasta admirador del arte colombiano exhibe en su mansión.

Refería Marcial en varias entrevistas que la primera obra que vendió en su vida la adquirió un gringo que le vaticinó mucho éxito como artista si persistía. Qué curioso paradoja, fue otro gringo el que compró la última obra que este primitivista autodidacta vendió en su vida. ©

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Santiago Rodas

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

— Isabel Botero

PRODUCCIÓN EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

ASISTENCIA DE COMUNICACIONES

— Laura Almanza

Esta es una publicación de la

Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 138 - Marzo 2024

Versión impresa



universo
centro

universocentro.com.co

universocentro@universocentro.com

BRUJERÍA Y CUENTOS DE TERROR EN EL ARO

POR MAURICIO LÓPEZ // ILUSTRACIÓN: MARIANA PARRA

“Esto era miedoso”, dice Silvia estirando esa última palabra y acuñando su expresión de espanto con un “don señor” nada grato para mis oídos. No me gusta esa constante repetición de “señor”, “don”, “don señor”, “don Mauricio” o “señor Mauricio”, pero tampoco me queda bien explicar que le temo a la vejez, y más ahora que la tengo encima, soplándome en el cuello con ese aliento de remedio amargo, tenuemente anisado con aguardiente.

Y Silvia sigue: señor esto, señor aquello, pero su historia es tan interesante que hago un esfuerzo por acomodarme en esa silla Rimax color verde y hasta me abotono la chaqueta para espantar el frío que viene envuelto en esas hilachas blancas y vagabundas que forma la niebla, y de paso le exijo a la señora un ron doble, o mejor ese cuncho de media que le queda. Qué más da todo, qué más da hasta morirse sin darse cuenta en este pedazo de montaña donde los rayos caen como latigazos pellizcando a los perros y a las mulas que duermen en la calle.

“Era miedoso, don señor”, continúa Silvia desahogándose, porque ni siquiera atiende a sí yo le hago caso o miro hacia la nada a la espera de que por fin llegue el sueño.

“Yo no sé si esas cosas existen o no, pero acá en El Aro hubo un tiempo en que no se podía salir después de las siete de la noche. Es más, le digo don señor que era mejor arrojarse hasta la cabeza porque afuera se escuchaban aullidos tan horribles, ¡ay!, que uno se orinaba encima del terror. No me da pena contarle eso, don señor, yo más de una vez me oriné en los calzones por miedo a poner los pies en el piso e ir al baño, porque eso afuera eran aullidos y alaridos que uno ni sabía si eran de animal o de espantos, de cosas del otro mundo”, narra Silvia chocando las rodillas y llevándose las dos manos a la cabeza.

Según ella, tales sucesos ocurrieron justo después de la masacre de octubre de 1997. El pueblo se había

quedado abandonado y en ruinas, con huesos de muerto todavía sin enterrar y hasta con el olor a carne quemada rumbando en el aire cálido del atardecer.

Había pasado un mes de la matanza cuando los primeros habitantes retornaron al caserío, también ellos vestidos de tragedia y con expresiones mortuorias. Llegaron con unas cuantas bolsas y costales y se acomodaron entre los escombros, haciendo nido debajo de los techos destruidos o arrinconados en algún pedazo de pared todavía en pie. Así pasaron las noches las primeras semanas, mientras iban levantando poco a poco sus ranchos.

Y en medio de esa desolación, en ese caldo de profundos rencores y amaruras, los sobrevivientes refundaron el caserío olvidándose de los gobiernos terrenales y celestiales. No les volvió a importar si iban o no los funcionarios de la Alcaldía o la Gobernación a preguntarle por sus vidas, por sus muertos; ya no atendían a los visitantes del ICBF, de los ministerios o de la Fiscalía.

Se tornaron más montaraces que nunca y se adhirieron económicamente a Puerto Valdivia, lugar donde también aprendieron de rezos y conjuros; de extrañas letanías para atraer la

abundancia, para hundir a los enemigos y levantar los cultivos.

Algunos compraron extraños libros de magia negra, con imágenes de murciélagos y estrellas de cinco puntas, ojos lívidos atrapados en triángulos y lunas nuevas. En cada página leían sobre los elementales, sobre el poder de la tierra, de ciertas plantas que solo crecen en cuevas putrefactas, y del desdoblamiento del espíritu. También encontraron formas de hacer bebedizos para enloquecer a los hombres, para hacerlos alucinar o, incluso, para llevarlos a la muerte.

En ese entonces, Silvia tenía un niño y una niña: Ligio, de nueve años, y Daniela, de cinco. Ambos permanecían en casa la mayor parte del tiempo, pues no había escuela ni iglesia. De vez en cuando subía una cura desde Ituango, o bajaba desde Santa Rita, y ofrecía una misa al aire libre, frente a la vieja iglesia destechada y sin ventanas.

Muy pocos iban a ese rito católico,

cansados de todas esas viejas creencias que de poco les habían servido durante la matanza. Para qué Dios, para qué una Virgen, para qué los santos que no cuidan a los que se persignan. Para qué un Ejército, para qué un gobierno.

Se habituaron a pensar que El Aro era un territorio independiente, inconnexo con el resto de la humanidad, y empezaron a confiar nada más que en los espíritus de la tierra y el agua, de las plantas y los animales. Le llamaban magia blanca y magia roja, aunque, en esa relación tan estrecha con la naturaleza, no eran más que una mezcla entre santería indígena, esoterismo básico y brujería.

Tales prácticas comenzaron a multiplicarse y a verse reflejadas en el día a día. Si un muchacho se ponía rebelde y grosero, en El Aro se atrevía a salir después de las seis de la tarde.

“Un día, don señor, ¡ay, Dios!, imagínese que el niño mío estaba jugando y por allá como que le tiró una piedra a la casa de Sara Julia Osorio, una de las brujas, una señora que gustaba de esas cochinadas. Y esa señora no sé qué le hizo a mi muchacho, pero cuando ya él venía para la casa, se encontró con un bulto en el camino y no fue capaz de seguir. Imagínese que venía con un amigo, pero ese otro muchacho no veía nada, en cambio el niño mío tuvo que devolverse corriendo porque dizque esa cosa comenzó a perseguirlo y por allá me lo hizo tirar por un alambrado y se cayó y se pegó tan duro en la cabeza, que quedó desmayado. Otros vecinos vinieron a traérmelo”.

Yo seguía sorbiendo mis rones, poco a poco, mientras escuchaba a Silvia cada vez con más atención. Sabía, por

cuenta de don Carlos Tuberquia que en El Aro, desde hacía mucho tiempo, había personas que sabían sobar o que conocían rezos para conjurar las picaduras de las serpientes venenosas, pero eso de hacer aparecer bultos y perros negros era nuevo.

Los rasgos indios de doña Silvia se iban acentuando con el correr de la conversación y en mi delirio de esoterismo etílico vi en ella destellos de esa brujería que estaba relatando. Sus pómulos angulosos, su nariz gorda y sus ojos chispeantes comenzaron a generarme escalofríos.

Solo estábamos ella y yo esa noche frente a la entrada de la tienda, en cuyo segundo piso funcionaba un lúgubre hotel con alcobas de madera en las que apenas cabían una cama y una repisa. Yo tenía alborotado el insomnio y no tenía muchas ganas de tirarme en ese catre a ver pasar arañas y cucarachas. Era el único inquilino, Silvia dormía abajo con tres de sus hijos: Diego, con retardo mental; Vanessa, una niña de siete años, y Nashly, de dos.

La cosa es que en El Aro se va la luz cada que el cielo lanza un relámpago, y la oscuridad es tan densa que uno tiene que cerrar los ojos para combatirla con los pensamientos.

En resumen, tenía miedo, pero la dejé que siguiera con sus cuentos, y ella, animada, siguió.

“Lo peor, don señor, fue cuando vino esa señora Arsenia. Era pequeña, flaca y con gafas. A la primera que le tocó la puerta fue a mí, y me dijo que debía rezar mucho, porque el pueblo estaba maldito. Luego se fue de casa en casa, con el mismo mensaje, y un miércoles por la tarde reunió a toda la gente en la plaza, para orarle a Dios. Esa señora dijo que había siete brujos en el pueblo, y que ellos habían traído esa maldición. Que si eso no se paraba iba a ocurrir una tragedia. ¡Ay, don señor!, cuando esa señora me contó todo eso yo casi me reviento, porque al marido mío le gustaban esas cosas”.

El marido de Silvia se llama Jacinto y en el tiempo de la llegada de Arsenia tenía cuarenta años. Es tosco, huraño, y cuentan de él que, en tiempos de agonía económica, en Tarazá, mató a un hombre a puño limpio y huyó al monte. El cuerpo de su víctima terminó entre las piedras de una quebrada y luego fue arrastrado por el agua hasta el río Cauca.

Temeroso de ser encontrado, Jacinto fue a parar a Segovia, donde le enseñaron magia negra y, aseguran quienes lo conocieron en esos tiempos, era capaz de convertirse en culebra o en lagarto para escapar de las autoridades o de sus enemigos.

“Vea, don señor, él me contó, cuando nos hicimos novios, que le tocó matar tres gatos negros y beber de esa sangre. También le tocó hacer unos rezos de un libro, y que cuando terminó, vio que una sombra grande salió de debajo de la tierra y lo abrazó con fuerza, como asfixiándolo, y entonces se desmayó. Al otro día ya tenía esos poderes”, narra Silvia, que nada de eso le contó a la señora Arsenia cuando visitó El Aro.

“Me hice la boba y recé al lado de ella hasta que se fue”, dice. Tampoco le contó que Jacinto intentó matarla dos veces, por celos, y que, en el último intento, en una finca de Filadelfia, se enfrentaron a machete al borde de una quebrada. Silvia le tiró el filo a la cara un par de ocasiones, y el hombre, asombrado por el arrojado de “su negra”, salió corriendo por los matorrales y se desapareció seis meses. Cuando regresó, flaco y hambriento, pidió perdón y Silvia lo recibió y le dio comida.

A Arsenia nadie la conocía en El Aro, pero la dejaron quedarse, hipnotizados por su voz chillona y sus rezos incomprensibles. Se quedó tres días y tres

noches, enfrentando a los brujos del pueblo, que no eran más que siete vecinos a quienes todo el mundo conocía y respetaba, hasta ese sábado en que fueron expuestos por la rezandera con pinta de abuela de Poltergeist.

Tres de esas personas eran mujeres cercanas a los setenta años, las cuales murieron en cuestión de tres meses después de ese enfrentamiento de sabidurías paganas. A dos de ellas les encontraron todo tipo de objetos bizarros, como ojos de gatos en frascos, pezuñas de chivos, cabezas de serpientes y hasta monicongos: muñecos pequeños, de madera y color negro que, según la tradición palenquera de la Costa Atlántica, sirven como amuletos o para molestar a personas desagradables.

Según Silvia, cuando le embrujaron a su hijo, usaron un monicongo.

A las dos señoras también les encontraron todo tipo de libros de plantas y un ejemplar del *Tratado de la medicina oculta*, del esotérico colombiano Samael Aun Weor, en el que supuestamente estaban las claves para conectarse con los espíritus del monte y del más allá.

Ese libro también estaba en el rancho de Simón Posada, quien al igual que los otros tres señores señalados de brujos tuvo que irse para el monte, aislado por su propio pueblo. Tras varios años, dos de ellos murieron y a los otros dos los perdonaron, con la condición de que no volvieran a usar la brujería.

Pero la hipocresía campea en las montañas y cada vez que a un vecino lo muerde una Talla x o una rabodeají, corren a buscar a don Simón o a don Gilberto Rúa para que les salve la vida con los rezos secretos. También los buscan para que soben manos descompuestas o piernas fracturadas, o para que espanten el jaguar que se come las vacas y lo envíen hacia otras tierras.

Y los señores hacen sus rezos en silencio y no cobran por esos servicios. Les piden remedios a los elementales y buscan remedios en lo profundo del monte. Dicen que a veces escuchan las voces de los espíritus y que son ellos los que enseñan los rezos, y que esa sabiduría no se puede heredar fácilmente.

“No es brujería, es conocimiento, es una relación muy íntima con la naturaleza, con los animales. Así hacían los indios catíos y embebras de estas tierras, hace mucho tiempo”, cuenta Simón, quien también sabe rezar las mulas y embolar a los violentos.

“Hace muchos años tres hombres llegaron a El Aro queriendo matarme. Me buscaron por las veredas La América y Filadelfia. La gente decía que estaban armados y que eran muy groseros. Me querían matar por cosas de la juventud, del juego. Yo les gané una partida de dados en Puerto Valdivia, casi cinco millones, y luego dijeron que hice trampa, que había usado la brujería. Ellos me buscaron cinco días y cinco noches para matarme, y yo, con el conocimiento que tengo de los elementales, los hice perder en el monte y nunca más aparecieron, siguen vagando. Yo los puedo ver en sueños, caminando sin rumbo, ya casi muertos”.

Silvia jamás se ha medido con la brujería, y su marido, asegura ella, “también dejó esas cochinadas”. Su hijo mayor, aburrido de la soledad de El Aro, se fue a recoger coca a

Nariño, con la guerrilla, y hace poco llamó para pedir ayuda.

“Mamá, averigüe con don Carlos o con don Simón qué es lo que me pasa que algo no me deja dormir por las noches. Se me monta en el pecho y trata de ahogarme”.

Silvia corrió a la casa de Carlos y este, leyendo el tabaco, dio con el origen del mal. Resulta que el muchacho había hecho el rezo de “cortar camino”, y también había hecho el rezo de la riqueza, y que el demonio lo estaba reclamando. La única solución era encontrar el libro de esos rezos y quemar esas páginas. Luego, las cenizas debían echarse en agua bendita.

El tal libro estaba escondido en la casa de Silvia, en el segundo piso, justo en la pieza donde su hijo pasaba las noches, y hasta allá subió ella, apurada y con miedo. Volteó ese cuarto patas arriba hasta que dio con el libro, uno negro y con solapa de cuero. Lo cogió con un trapo y lo llevó hasta la casa de Carlos Tuberquia, quien ya tenía las velas y el agua bendita.

Eso pasó un miércoles, cuenta la señora, y mientras hacían los rituales, al hijo de doña Silvia lo agarró un mal de estómago que lo hizo vomitar y cagar hasta las tripas. Todos sus compañeros raspachines se asustaron y corrieron a llevarlo hasta un centro de salud. Decían que estaba verde, como envenenado. Cuando Silvia y Tuberquia por fin quemaron el libro y bañaron las cenizas con agua bendita, el muchacho se alivió.

“Yo sí lo regañé y le dije que si se volvía a meter con esas cochinadas que no me pidiera ayuda, que se arreglara él solo. Porque vea, don señor, con esas cosas no se juega. Al diablo es mejor mantenerlo lejitos”, dice Silvia, rolliza, caderona y con un par de cejas negras que parecen de utilería.

En El Aro se sigue y se seguirá hablando de brujería, es una irremediable tradición. Públicamente solo usan la magia blanca para curar enfermedades o bendecir cosechas, pero a escondidas también practican la negra, y por eso en las noches se sienten correteos y risas sobre los techos de zinc. El famoso

perro negro con ojos de lava no se ha vuelto a ver, pero cerca de la quebrada Los Besos sí se ha visto una mujer desnuda y de pelo negro que invita a los hombres a retozar con ella sobre los pastizales. Solo uno sucumbió a sus encantos, un tal Remigio, de Organi, de quien jamás se volvió a saber por esas tierras.

Cuando doña Silvia terminó de contarme esas historias ya pasaban las dos de la mañana. El ron se había acabado, pero todavía no estaba ebrio. Yo habría querido zamparme otra media, llenita, y en vez de historias escuchar canciones, hasta que me diera sueño, pero la señora me obligó a subir a mi cuchitril, argumentando que debía cerrar la puerta de la tienda y apagar las luces, para no despertar a los niños. Así que me tocó esperar el amanecer con los ojos abiertos, sin más entretenimiento que mi propia imaginación. En medio de la oscuridad, sentí risas, pasos lentos y rugidos extraños, y es que Silvia había embrujado mis pensamientos. ©



GENEALOGÍA

-notas para una película-
MAIA GATTÁS VARGAS

Todo inicio es mítico.
Mi mito fundante negativo es la muerte accidentada de mi padre.
Mi mito fundante positivo es el sueño que tuvo mi abuelo:
el ángel trayéndome, diciéndole “acá está Sofía”
Pero no me llamo Sofía, no conocí a mi padre.
Mis dos mitos fundantes son como un imposible, un vacío, algo a reconstruir.

Traer el pasado al presente
¿Traer el pasado al presente?
El pasado está ya en el presente.
Mejor: traer conscientemente, intencionalmente el pasado al presente.
Ir para atrás para ir hacia adelante.

¿Porqué tengo esa ligazón con la fotografía?
¿Porqué esa fascinación con la imagen?
Quizás porque en principio, sólo imágenes son lo que tuve de mi padre.

Mi padre es una imagen que intento multiplicar, es como una foto fija que intento, en vano, poner en movimiento
y así ver sus gestos,
y en esos gestos reconocirme.
La foto es un elemento extraño, un momento congelado que contradice la fluidez propia de lo real.
Debo reconocirme en una foto pero no lo logro.
Debo buscar una imagen que contenga todas las imágenes.
Una imagen de mi padre que contenga todas las fotos posibles de mi padre.



¿Qué miramos cuando miramos una imagen?
¿Lo que tiene esa foto de convención?
¿Lo que no muestra o lo que deja invisible?
No conozco ningún palestino, casi no conozco a mis familiares paternos, los Gattás
tengo que buscar una foto de mi bisabuela Valentina porque no puedo imaginarla
tengo que ver esos rostros familiares y reconocirme algo habrá de ellos en mí.

Tomar una foto y recomponer el contexto el antes y el después del *click*
mi madre me cuenta que mi padre le pide de sacarse una foto con mi bisabuelo palestino, Andrés,
“saquemos una foto *por las dudas*” le dijo y ella hizo *click*
ese es un dato de contexto que rodea una foto posada conmigo de bebé
una foto hecha para retener la imagen de mi bisabuelo antes de que supuestamente muera, pero mi bisabuelo vivió 100 años y mi padre 26.



En toda foto está presente la muerte dice Barthes fotografiar es ¿siempre? un acto de disminuir la muerte
conjurarla
aliviarla
ralentarla.

Todo lo visible tiene su borde invisible lo que no se puede captar con la apariencia, lo que se recorta y queda afuera.

Quien sacó la foto es invisible o quizás, es el más visible porque él es quien elige el modo de visibilidad.

El fuera de campo, en el caso de la fotografía, puede ser el comentario ese que la acompaña.

Muchas fotos vienen acompañadas de un relato en torno a ellas.
Incluso foto y relato, a veces, son inseparables por ejemplo:
“esta fue la última foto de tu padre antes de morir” ese comentario siempre va con esa foto y la cambia por completo.

(septiembre 1986)



Googleo mi apellido:
Gattás
Lo primero que aparece es:
“Apellido de origen palestino. Significa literalmente 'hombre bajo el agua', se puede interpretar como buzo”,
y no puedo evitar el escalofrío ya que mi padre murió ahogado en el río de La Plata.

Toda historia tiene un *no sido* dice Walter Benjamin
Mi *no sido*
Mi *no fue*
Es ser Maia Gattás
es ser hija de Luis
vivir como hija de Luis
vivir el ser parte de esa familia.

Me despierto llorando.
Tuve un sueño con mi bisabuelo palestino.
Era como un hombre muy viejo y muy sabio, postrado en una cama.
Lo iba a visitar, y él me preguntaba por qué lloraba (y lloré doblemente, en el sueño y en la realidad).
Y mi hermano, que en el sueño estaba conmigo, le respondía:
“Llora porque al estar cerca tuyo está más cerca de su padre”.

¿Y si superpongo una imagen del mapa de Palestina, a una foto de mi padre, a una foto del río de La Plata?
Si superpongo esas tres imágenes con una foto mía obtengo así un entramado de imágenes de mi biografía que *debieron* estar así, superpuestas, unidas, pero que estuvieron separadas.
Sólo mediante este acto de montaje puedo reconfigurarlas (o sea, reconfigurarme)...
¿Y si saco la imagen del río?
¿Y quedamos Palestina, mi padre y yo...?
¿Y juego con un final más feliz...?



Señalemos sin miedo lo que falta...

Conocemás



confiar
coop

Mujeres
confiar

Durante la madrugada del 9 de febrero de 2023, cuando el sol estaba oculto, 222 personas fueron liberadas de sus celdas y trasladadas a un avión que abandonó el país a las 6:30 de la mañana. Un vuelo sin pasaje de regreso, el destierro como castigo por buscar la libertad. La crueldad de un régimen contra la integridad y la resistencia de cientos de personas. Una crónica imprescindible.

Adiós a Nicaragua

Un vuelo al destierro

por ANDREA ALDANA

• Ilustración de Hansel Obando



La Operación Nica Welcome logró la libertad de 222 presos y presas políticos encarcelados en Nicaragua. En esta historia lo que importa son los pliegos, empezando por el primero: no fue una “deportación”, como la llamaron las autoridades nicaragüenses, fue una liberación de rehenes. A un rehén se le retiene como medida de presión para obligar a otro a hacer algo. Estas personas eran rehenes de un gobierno y su captor buscaba una cosa: inmovilizar a un pueblo y doblegarlo a base de miedo.

El dramaturgo alemán Bertolt Brecht escribió unas líneas muy famosas sobre los hombres que luchan, los que lo hacen un día, un año, muchos años o toda la vida; todos le parecían hombres muy buenos, pero al referirse a los últimos, los que empeñan su vida luchando, escribió: “Estos son los imprescindibles”. La frase es linda. Brecht era un idealista, uno de buena fe. Pero estos ya no son sus tiempos.

¿Quiénes eran esas 222 personas que el gobierno de Nicaragua tenía encarceladas? Ortega las llama “golpistas”, “mercenarios”. En lugar de acudir a calificativos, voy a intentar una respuesta más compleja: eran el soplo de aire; hombres y mujeres que en su

momento supieron qué era lo imprescindible. Y lo hicieron.

Cómo las liberaron ya es otra historia.

2021: las capturas

Tamara Dávila está en su casa, es 12 de junio de 2021, pero para el 8 de esos meses, el régimen que dirige Daniel Ortega —presidente de Nicaragua— y Rosario Murillo —vicepresidenta— ya detuvo y encarceló a cuatro precandidatos presidenciales y una famosa activista, de 69 años, que ha luchado por la transparencia y la reforma del sistema electoral. Los precandidatos son: Cristiana Chamorro, Arturo Cruz, Félix Maradiaga y Juan Sebastián Chamorro García; la activista: Violeta Granera. ¿El delito? Atreverse a disputar el poder a los Ortega-Murillo en las urnas. La detención ocurre cinco meses antes de las elecciones presidenciales.

La puesta en escena del régimen no empezó ahí. La redada contra la oposición inició en junio de 2021, pero el 21 de diciembre de 2020, la Asamblea Nacional de Nicaragua, de amplia mayoría oficialista, aprobó la Ley 1055, que también llamaron Ley de Soberanía. El mandato no tiene más que un artículo, el número 1: “Defensa de los derechos del pueblo”. Y no es otra cosa que el

artificio jurídico que el régimen Ortega-Murillo fabricó para perseguir, capturar y condenar a la oposición.

Parte del surreal artículo reza: “Aquellos que demanden, exalten y aplaudan” —léase bien, dice aplaudan— “la imposición de sanciones contra el Estado de Nicaragua y sus ciudadanos, y todos los que lesionen los intereses supremos de la nación contemplados en el ordenamiento jurídico, serán Traidores a la Patria por lo que no podrán optar a cargos de elección popular”. Y con ese truco, los Ortega-Murillo se quitaron de encima a la competencia, y meses después la condenaron.

Tamara está en su casa, es 12 de junio de 2021, y toda esta gente que ella conoce está encarcelada. Después de esas capturas, alguien le informó que también irían por ella. Así que el martes 8 de junio envió a su hija de cinco años con su mamá. Si la iban a arrestar, que la pequeña no lo viera. Pero pasó miércoles, jueves, viernes, y nadie iba a capturarla.

El sábado, que ya era 12, Tamara pensó: “No creo que un sábado vengan por mí, esta gente debe estar descansando”. Y presa de una necesidad, se arriesgó y mandó a traer a su Pajarita, sentía un deseo profundo de verla,

abrazarla; la extrañaba con ese anhelo materno que, al no poder contemplar a su cría, debilita y carcome.

La niña llegó. Tamara dio un par de entrevistas ese día y luego se desconectó del mundo, puso el celular a un lado y su atención se centró en su única dueña. Pasaron el día jugando, se abrazaron, rieron y antes de caer la noche, un par de amigas llegaron a su casa. “Vinieron para acompañarme, para dormir juntas”, dice, “por si algo pasaba”. A las 7:00 p. m., una vez oscureció el día, ese “algo” pasó.

Suena el telefonillo —un intercomunicador que la conecta con la parte externa del portón de su casa—, Tamara responde. Una voz con un dejo nervioso dice: “Necesitamos saber quiénes son esas mujeres que entraron”. Tamara no está presa —no aún— y replica: “Son dos amigas, oficial, ¿o tengo prohibido que la gente venga a visitarme?”. “No, no”, la increpa con voz ya endurecida el uniformado, “salga, por favor”. Quien está a punto de ser encarcelada, lo intuye, por eso contesta: “Claro, oficial, pero deme un segundo que estoy en pijamas”.

Ha ganado un par de segundos. Corre a la habitación en donde se pueden observar las imágenes de las cámaras

con las que vigila el perímetro de su casa. Una de sus amigas ya está allí, sentada frente a las pantallas y con un teléfono móvil al oído. Habla con Ana Margarita Vijil, la tía de Tamara, y le dice lo que estaba viendo: están rodeadas de patrullas, de policías y sobre todo de antimotines. Se están tirando por encima del portón, entran de manera violenta, son muchos.

“Eran unas diez camionetas como con ocho oficiales cada una”, recordará después Tamara. Un operativo con la dimensión de captura de un capo del narco, para apresar a una madre soltera cuyo delito fue agitar la bandera del feminismo y promover el diálogo entre movimientos y partidos políticos, con el fin de consolidar un candidato o candidata presidencial que pudiera competir contra Daniel Ortega y Rosario Murillo en las elecciones de noviembre de 2021.

Tamara pide a una de sus dos amigas y a la mujer que le ayuda con el cuidado de su hija, que tomen a la niña y se encierran en una habitación. Suplica que, escuchen lo que escuchen, no salgan de ahí. La otra amiga se queda acompañándola. Se dirige hacia la puerta, sale de su casa y grita: “¡Mi hija está dentro, mi hija está dentro! ¡Es a mí a quién buscan!, ¡aquí estoy!”. Una oficial se le acerca y sin mediar palabra le da tres bofetadas a Tamara, a la agente que la golpea le dicen la Calaca. Luego le cruza los brazos por la espalda, le pone las esposas, le inclina con furia la cabeza y le ordena que mire al suelo todo el tiempo. Clásica táctica de un verdugo: hacer que sus víctimas bajen la cabeza; el objetivo es conseguir que se acostumbren a mantenerla agachada.

Después la empujan hacia una patrulla, la meten en el vehículo y la doblan tan fuerte en el asiento que parece que la quisieran partir. El carro arranca, la tienen tan inclinada que su cara está entre sus rodillas. Piensa en su hija, en que no le pase nada, y observa que unas gotas rojas caen sobre sus pies. Tamara sangra, la Calaca le ha reventado la nariz. La agresora también lo nota y se burla.

—Hey, ¿y qué te pasó?

—¿Y qué me va a pasar? ¡Pues que me cachimbiaste, hijeputa!

—¡Hijueputa tu madre, golpista mierda!

Vuelve a golpearla, esta vez le caen puños sobre la espalda. Duele, a Tamara le duele, pero sabe que su insulto ha sido un soplo de dignidad. Piensa otra vez en su hija: “Que esté bien, Dios mío, que la niña esté bien”. Siente que el carro da muchas vueltas, está segura de que lo hacen para desorientarla. La ruta sigue. No quiere perder seguridad, pero su mente empieza a confundirse: “¿A dónde me llevan? ¿A dónde voy? ¿Y la niña? Dios mío, la niña. Me van a matar”.

Alguien ordena que le limpien la sangre. La toman por el pelo, le levantan la cabeza y le arrastran un pañuelo por debajo de la nariz. Logra ver algo, se ubica. Escucha uno de los radios de la policía: “DAJ uno, DAJ uno”. Dirección de Auxilio Judicial, la DAJ, un centro de detención transitoria que alcanzó fama internacional durante las protestas de Nicaragua en 2018 por las torturas que, según denunciaron sus víctimas, se hicieron en sus instalaciones: “Al menos hoy no me matan”, piensa, “me llevaban a El Chipote”.

Cerca del mediodía del 13 de junio, un día después de la detención de Tamara Dávila, Suyén Barahona, presidenta de la Unión Democrática Renovadora (Unamos), tuitea: “Mi hermana de lucha y causas @anavijil ha sido secuestrada el día de hoy, junto con @

DoraMTelvez tras allanar su casa. Siempre valientes y combatiwas!!!”. Se refiere a Ana Margarita Vijil, la tía de Tamara, y a Dora María Téllez. Horas después, la víctima sería Suyén.

Ante la deriva autoritaria de Nicaragua, Suyén ha cometido dos delitos: uno, ser feminista; dos, ser la presidenta de Unamos.

La Unión Democrática Renovadora es hoy lo que anteriormente era el Movimiento Renovador Sandinista (MRS), un partido político que se fundó en 1995 y que, con su creación, tomó clara y oficial distancia del sandinismo de Daniel Ortega. Entre sus fundadores estaban dos íconos de la revolución sandinista: Hugo Torres Jiménez, el Comandante Uno, y Dora María Téllez, la Comandante Dos, exguerrilleros que comandaron la Operación Chanchera en la que veinticinco rebeldes se tomaron el Palacio Nacional de Nicaragua durante la dictadura de Anastasio Somoza; ambos inmortalizados por la pluma de Gabriel García Márquez en una crónica que narra ese asalto al Congreso; y ambos decepcionados del rumbo que tomaba el sandinismo.

La primera vez que nos vimos, a la salida de Casa de América, en Madrid, Suyén me abrazó muy fuerte. No la conocía, quedamos a una hora de encuentro, pero yo llegué unos minutos antes. Observé la construcción y vi a una mujer que escribía en su celular. Me resultó parecida, aunque esta mujer era bastante delgada, diferente a la que había visto en fotos. Me acerqué con la intención de preguntarle si era quien creía y antes de alcanzar a pronunciar una palabra, subió su cabeza, me miró y dijo: “¿Andrea?”. Desconcertada respondí: “Sí”, fue ahí que Suyén me estrechó en sus brazos, duro, con cariño sincero, como amigas de siempre. Entonces nos fuimos a un café a entablar una primera conversación.

Suyén había sido liberada solo once meses atrás, en la Operación Nica Welcome. Pero antes de su liberación, la oscuridad, el aislamiento, el hambre, la privación del sol, la prohibición de leer, de cantar, de silbar y hasta de hablar consigo misma habían sido su hábitat durante casi dos años.

—Yo he estado investigando y lo que me hicieron se conoce como tortura blanca. Te aíslan, no te dejan ver a tu familia, te prohíben socializar, no puedes hablar con nadie, no puedes mirar a nadie, tienes que caminar mirando el suelo, no te sacan a tomar el sol, te confinan en celdas muy pequeñas y tan oscuras que ni siquiera te puedes ver bien la mano. Te desaparecen, afuera nadie sabe de ti, ¿dónde estás?, ¿cómo estás?

—¿Te desaparecen?

—Sí, eso es desaparición forzada. Los primeros ochenta días nadie supo de nosotras, nuestras familias no sabían ni dónde estábamos ni cómo estábamos, no sabían si estábamos vivas. Nada, cero información. Solo después de 81 días, ¡81 días!, pudimos ver familiares.

Antes de que los Ortega-Murillo ordenaran su captura, siete u ocho meses atrás, Suyén ya tenía vigilancia de la Policía. Pusieron incluso una caseta afuera de su casa. Los agentes iban de civil o a veces de uniforme y en sus patrullas. Si les daba la gana, no la dejaban salir, se colocaban fieros frente a su portón para impedirle el paso.

—Estaba en mi casa con mi mamá, mi esposo y mi hijo. Estaba alerta por lo de las capturas, por la gente que se estaba llevando, cuando de pronto mi niño pasó corriendo, asustado, había visto las pantallas que monitorean las cámaras de mi casa y miró que venían muchos policías.

La escena fue muy parecida a la de Tamara: Suyén sale de casa con las manos en alto, lo hace deprisa, grita: “Hay un niño en la casa, hay un niño en la casa”. Grita eso, pero esto lo que quiere decir: “Por favor, no le hagan daño. Acá estoy, ustedes vienen es por mí”.

Un oficial la señala, indica que a ella es la que deben agarrar. Le bajan los brazos que aún están elevados, le tiran las manos por detrás de la espalda y la esposan. Le agachan la cabeza con tanta fuerza que lesionan su nuca y la obligan a caminar hacia la patrulla.

Suyén está sentada en la patrulla, va doblada, igual que Tamara, su cabeza está contra sus piernas. Piensa en su niño, quiere verlo, ¿quién lo tiene? Se marea, le entran ganas de vomitar. Quiere ver a su hijo, le falta el aire, va a vomitar. ¿Dónde está su hijo?, ¿quién lo tiene?, no puede respirar. Quiere ver a su hijo, no respira. Va a vomitar, no puede respirar, no puede respirar, ¿quién tiene a su hijo? “Estoy mareada”, dice, “estoy que me vomito, déjenme respirar bien”. Recibe más presión sobre su cuerpo. Entonces hace lo imprescindible. Eleva la cabeza, gira el rostro hacia su casa y ve que el niño ya está en brazos de su padre. La bocanada de aire que necesita para no colapsar.

—Era desesperante, Andrea, yo necesitaba ver a mi niño porque él había salido corriendo y yo no sabía quién lo había agarrado. Lo alcancé a ver pero otra vez me inclinaron, un oficial dijo: “¡Si vuelve a subir la cabeza, se la rajás!” —Suyén dice esto y después se ríe—. Ahí mismo sonó la radio de uno de ellos con una voz que decía “no, no, no, no”.

La llevaron a El Chipote, una estación con capacidad para 48 horas de retención.

—Porque querían rompernos, abusar de nosotros. No respetaron ninguna ley, ningún derecho. A mí me dejaron 606 días ahí. Aislada. Nos servían poquísima comida, los primeros meses todo el mundo bajó muchísimo de peso, llegamos a contar los granos de frijoles que nos daban y casi siempre eran diez o doce. En el primer mes nos sacaron solo un día a ver el sol durante quince minutos, siempre a solas. Luego fueron dos días al mes y cada salida era de media hora al sol. Solo hasta diciembre de 2021 pudimos tener una hora cada quince días.

—Me dijiste que tuviste secuelas...

—Sí. Estoy yendo a terapia. Lo del aislamiento fue muy duro. El único contacto que teníamos eran los interrogatorios. Nos sacaban a cualquier hora a interrogarnos, incluso después de que nos condenan, querían que inculpáramos gente, que diéramos nombres de organizaciones, de personas. Rompieron el siglo bancario, querían que dijéramos quién consignaba dinero en nuestra cuenta personal. Esas eran las únicas conversaciones que teníamos.

—¿Cómo hiciste para resistir?

—Hice rutinas de ejercicio, de oración y empecé a escribir un cuento en mi mente. Uno para poder explicarle luego a mi niño por qué nos habían separado. Era sobre una gallinita que sueña con una Nicaragua diferente, donde todos los pollitos pudieran comer, tener sus barriguitas llenas, y al mismo tiempo pudieran cuestionar a sus padres, ser libres. Escribía ese cuento en mi mente y eso me ayudaba.

—¿Cuándo pudiste ver a tu hijo?

—Año y medio después pude volver a ver a mi hijo, en diciembre de 2022, en una videollamada que me permitieron de diez minutos. Mi chiquito estaba asustado, abrumado, no procesaba que era yo, estaba llegando a los seis años y casi la mitad de su vida había estado sin su madre.

Suyén se rompe, llora cuando recuerda esa separación. No los golpearon físicamente, pero sabían cómo golpearlos por dentro. Quebraron todas las normas para demostrarles que podían quebrar las instituciones y, aun así, todo seguiría siendo de ellos. Se cuestraron a la disidencia política para amedrentar a un pueblo. ¿Si se atreven a ir por los líderes, qué podría pasarle a quien no lo era?

—¿Qué fue lo que más te impactó mientras estabas en El Chipote, Suyén? ¿Hubo algo allá que te marcara especialmente?

—Cuando vi pasar a Hugo Torres colapsado, lo llevaban en una silla de rodachines de esas de escritorio. Hugo pasó colapsado frente a nosotras. A los pocos días nos enteramos de que murió, en el hospital, bajo custodia policial.

—¿Recuerdas cuándo fue?

—En febrero de 2022. Un día antes de mi condena me enteré de su muerte. Me condenaron a ocho años por “menoscabo a la integridad nacional”. Cuando concluyó mi juicio, solo pude gritar: ¡Hugo Torres presente, presente, presente! Así terminó la lectura de condena el 15 de febrero.

Veintitrés líderes de Unamos terminaron presos, como casi todos los presos políticos, por “menoscabo a la integridad nacional”. Es decir, por violar la Ley 1055.

Ana Margarita Virgil, la tía de Tamara, y Dora María Téllez, la mítica Comandante Dos, son pareja desde hace más de una década. El día que fueron por ellas, estaban juntas y estaban esperando. Sentadas en unas sillas en el antejardín, recién bañadas, y muy tranquilas.

Dora María enfrentó al dictador Anastasio Somoza, tiene callo enfrentando dictaduras y aunque no lo dice, sabe que Ortega es un dictador, pero de papel. De esos que más que poder tienen miedo, que están paranoicos, que sienten que en cualquier momento van a ser traicionados. Dora lo conoce, sabe cómo actúa. Ana Margarita, en cambio, no tiene tanta historia nacional encima, pero viene de una familia con fuerte tradición de resistencia. Por eso estaban tranquilas. Podría entrar en detalles de su captura, pero la escena es la misma: policías, antimotines, fusiles, patrullas y acá se sumaron drones.

La sonrisa de Ana Margarita la vi en un video que grabó momentos antes de que allanaran su casa: “Seguimos en la lucha. Esto es parte del proceso para salir de Daniel Ortega. Aquí nadie se raja. Daniel Ortega se va. Lo vamos a sacar”. No se burlaba. Ana Margarita es la única persona que conozco en el mundo que es incapaz de contener una sonrisa. No sé si son nervios o positivismo.

Ana Margarita fue ubicada en una celda de barrotes frente a la de Suyén Barahona. “Eso me salvó”, dice, “la Suyén es mi mejor amiga desde chiquitas, desde que estábamos en el colegio”. No las dejaban hablar, pero mirarse era un consuelo. Se volvieron expertas en un lenguaje de señas que inventaron.

—Yo creo que desarrollamos telepata, ja, ja, ja.

—Ana, si sabían que iban por ustedes, ¿por qué no se fueron de Nicaragua?

—Porque ya lo habíamos hablado, el exilio voluntario no era una opción. Llevábamos muchos años trabajando por un cambio en este país, Andrea, ni siquiera un cambio imposible. Solo pedíamos unas elecciones libres, poder hablar con libertad, poder cuestionar. Irnos no era una opción.

—¿No te daba miedo?

—Andrea, yo soy una persona miedosa, ja, ja, ja, yo no soy como ellas,

yo vivo muerta del susto. Yo camina- ba en una marcha aterrorizada, espe- rando un balazo de francotirador. Pero me asustaba mucho más que le dispa- rara a alguien que yo quisiera, a un ser querido. Había veces que incluso me encerraba en un baño para que se me pasara el miedo y me ponía a reír, alguna vez alguien me dijo que si me reía fuerte la mente se lo iba a creer y el ánimo cambiaba.

—Dudo que te tengas que forzar a reír.

—Eso nunca me lo quitó la cárcel, saberme dueña de mi sonrisa. La cárcel también me enseñó otra cosa: soy mie- dosa, pero el miedo no me paraliza.

—¿Por qué lo dices?
—¿Sabes lo de Hugo Torres?
—Sí.

—Hugo estaba enfermo y no le da- ban la atención que requería. Un día es- taba en mi celda cuando se escuchó el escándalo. Lo traían colapsado, desva- necido, lo llevaban en una silla de escri- torio de rodachines. Era un compañero muy querido. Me paralicé, no hice nada.

—Pero ¿qué podías hacer?

—Gritarle algo, gritarle “Hugo, te quiero”, pero estaba en shock. A los po- cos días nos enteramos de que murió en el hospital. Fue muy duro. El les levanta- ba el ánimo a todos.

—¿Sentías culpa?

—Tristeza. Cuando me enteré de su muerte, en la noche lo planeé todo. Tenía miedo, pero sabía exactamente lo que iba a hacer. Por la mañana me asomé a los barrotes de la celda y grité: “Hugo Torres, presente, presente, presente”. Volví a gritar: “¡Hugo Torres!”

y la Suyén contestó: “Presente, pre- sente, presente”. Volví a gritar: “¡Hugo Torres!” y ya éramos todas gritando: “Presente, presente, presente”. Me sa- caron de la celda y me llevaron a la fuerza, pero yo seguí gritando: “¡Hugo Torres!” y muchísimas voces contesta- ban: “Presente, presente”, presente”. Como castigo me llevaron a una celda preventiva, son chiquitas, ni cuatro pas- sos se pueden dar dentro. Pasé la noche ahí feliz, el miedo no me paralizó.

Esa noche, Ana Margarita durmió tras las rejas, pero fue una mujer libre: había hecho lo imprescindible.

Hugo Torres, el mítico Comandan- te Uno fue capturado el mismo día que Suyén Barahona. Antes de su captura grabó un vídeo que circuló en redes so- ciales. Una parte decía: “Hace 46 años arriesgué la vida para sacar de la cárcel a Daniel Ortega (...) pero así son las vuel- tas de la vida, los que una vez acogieron principios hoy los han traicionado”.

2023: la liberación

“El avión despegó pasada la me- dianoché, casi vacío. Sentados en una cabina prácticamente vacía, diez funcio- narios del Servicio Civil y del Servicio Exterior de Estados Unidos charlaron,

escucharon música y trataron de cal- mar sus nervios. Uno regresó a un asien- to para orar. Dos días antes, la mayoría no tenía idea de lo que estaba por suce- der. Lance Hegerle, entonces subdirec- tor de Asuntos Centroamericanos del Departamento de Estado, se había acer- cado críticamente, invitando a colegas a una misión con los más mínimos deta- lles: hispanohablantes. Viaje en avión. Pasaporte diplomático. Veinticuatro ho- ras”, así inicia su relato el Servicio Civil y Servicio Exterior de los Estados Unidos en un artículo que publicó con el título “Operation Nica Welcome”.

No era secreto ni clasificado, pero si la noticia de esta operación se hacía pública podría generar reacciones que tumbaran el acuerdo. Solo un círculo muy pequeño tenía todos los detalles de la operación.

—Yo recibí una llamada el domingo antes del operativo. Era de mi jefe que era el encargado de política hacia Nicaragua aquí en Washington. Y me dijo: “Bueno, he trabajado contigo en otras cosas y estoy haciendo un pequeño equipo para hacer una cosa. Pero no te puedo decir qué es la cosa”. Y después de unos días me dijo: “Necesito que tú arregles lo del avión, necesitamos un avión privado y vamos

El 8 de febrero, a las 11:00 de la no- che, el avión Omni Air 767, con capaci- dad para más de trescientas personas, despegó desde una base naval en Norfo- lk, Virginia. A las 4:00 de la mañana iba a aterrizar en Nicaragua.

Todo es bastante sospechoso. Lle- van más de diecisiete meses aislándoles del mundo exterior y, de repente, em- pizan a recibir visitas en noviembre de 2022 y cada quince días. Ya no los sa- can con el uniforme azul que les impo- nen a los presos de Nicaragua, ni los llevan a esas salas pequeñas en las que les espían y les graban todas las conver- saciones, ahora les pasan ropa de civil, les permiten arreglarse para ver a sus

a un país a recoger personas”. Nadie del equipo sabía la cantidad de perso- nas. Éramos unos diez en el equipo del Departamento de Estado y USAID que habíamos tenido experiencias en ope- raciones así, o habilidad con el espa- ñol, o trabajo en Nicaragua.

La historia me la cuenta un funcio- nario del Servicio Exterior de Estados Unidos a quien entrevisté, alguien que estuvo en el avión durante todo el tra- yecto. Y de la entrevista con el hombre entiendo que lo importante del equipo que llegó en el vuelo desde Washington era generar confianza en las personas que iban a ser liberadas. Estaban pres- as, llevaban casi dos años encerradas, obviamente llegarían desconfiadas: iban a salir sin idea de su destino, necesi- taban rostros amables o rostros fami- liares que los recibieran.

—Llevábamos un equipo médico que anteriormente nos había acompa- ñado a Afganistán. Y la noche antes de salir, a los médicos, a las azafatas, a los pilotos y a nosotros se nos contó toda la historia: íbamos a Nicaragua a recoger unos presos políticos. Solo unas horas antes del operativo se nos dieron todos los detalles.

El 8 de febrero, a las 11:00 de la no- che, el avión Omni Air 767, con capaci- dad para más de trescientas personas, despegó desde una base naval en Norfo- lk, Virginia. A las 4:00 de la mañana iba a aterrizar en Nicaragua.

De pronto escuchan ruidos, empie- zan a abrir las celdas. Pasan en las dos alas, la de hombres y la de mujeres. A todos les entregan la ropa de civil que usan para las visitas y les dicen que se las pongan. Nunca se quitan las chan- clas, en las celdas siempre deben llevar chanclas, les piden que se pongan hasta los zapatos. Luego les pasan un bolsa y les ordenan que pongan el uniforme dentro de la bolsa.

Las preguntas son muchas, nadie sabe qué está pasando. Un hombre lleva una lista, prisionero que nombra, priso- nero que un carcelero saca de la celda.

Y de pronto empiezan a juntarlos en unas celdas más grandes. Ellas en un ala, los hombres en otra. Dora Ma- ría Téllez es la única que no está con las mujeres.

Les dan un refresco y un sándwich. Alguna dice: “esto es comida de avión”. Por fin abren las rejas y en manada, co- mienzan a salir de El Chipote. Ana Mar- garita está preocupada, mira y mira para todos lados, no ve a Dora. Un oficial lo nota, y en un genuino acto de humanidad, se le para a un lado y con voz baja dice: “Tranquila, ya salió, ya está afuera”.

A la salida de El Chipote hay varios buses. Iban tapados por dentro, con banderas y cortinas. Nadie los podía ver y ellos no podían ver nada. En el primer bus iban las mujeres y al fondo, al ser la primera en montarse, iba Dora María. Las de El Chipote abordan el bus y de

familiares, y los llevan a salones que parecen comedores. A veces incluso hay bufet en esas salas.

—¿Entonces, cuándo sospechaste que iban para afuera?

—Ahí mismo, era muy raro. Las vi- sitas se doblaron, ahora estábamos en salones grandes donde podíamos estar con otros prisioneros que también re- cibían su visita. Nos mejoraron la co- mida. Eran más amables. Algo estaba cambiando adentro. Yo les pregunta- ba a mis familiares si sabían algo, pero me decían: “No, Dora, afuera no está nadie hablando de eso, afuera no pasa nada”. Yo insistía en que sí, que íbamos para fuera.

Para Dora María Téllez, Daniel Or- tega no tenía ya ningún motivo para tenerlos ahí, ya habían pasado todas las elecciones. Y el costo político de te- nerlos encarcelados era más alto. Dora pensó que salían en diciembre. Como si estuvieran conectadas, Ana Margarita empezó a pensar lo mismo y por la mis- ma fecha. Recibía a sus familiares y les preguntaba si sabían algo.

No saben si son las ocho, las nue- ve, las diez de la noche. En la cárcel lo primero que se pierde es la noción del tiempo. A nadie le permiten llevar reloj y si un custodio les dice la hora, es casti- gado. Saben que es tarde porque algu- nos ya estaban durmiendo, ya les dieron la medicina, ya asearon sus celdas.

De pronto escuchan ruidos, empie- zan a abrir las celdas. Pasan en las dos alas, la de hombres y la de mujeres. A todos les entregan la ropa de civil que usan para las visitas y les dicen que se las pongan. Nunca se quitan las chan- clas, en las celdas siempre deben llevar chanclas, les piden que se pongan hasta los zapatos. Luego les pasan un bolsa y les ordenan que pongan el uniforme dentro de la bolsa.

En el bus de las mujeres Dora Ma- ría recibe la primera hoja. El papel dice algo así: “Yo, espacio en blanco, acep- to irme voluntariamente a, espacio en blanco”; en algunas hojas está escrito Estados Unidos, pero no son todas. Dora siempre se ha prometido no ir al exilio de manera voluntaria. Lo recuer- da mientras lee ese papel. Levanta la cabeza, mira hacia al frente. Ana Mar- garita, Suyén, Tamara y otras mujeres la miran expectantes. Ninguna va a firmar si ella no firma. Las opciones son dos y lo aclara la oficial: o aceptan, o vuelven a la cárcel. Dora comprende que decide por la vida de otras. Lo im- prescindible ahora es firmar. Firma. To- das lo hacen.

—¿Libertad a costa de qué? La tortura acaba, pero inicia el destierro. Una gota de miel y otra de hiel bajando al mismo tiempo por la garganta.

—La idea era salir de Nicaragua an- tes de que saliera el sol para no generar mucha noticia. Pero llegamos al aero- puerto y no había nadie. Llegamos a la parte de los militares, pero no vimos al gobierno, vimos al equipo de la embaja- da —el funcionario del Servicio Exte- rior de Estados Unidos, el que estuvo en el avión, se refiere al aeropuerto de la fuerza aérea.

pronto empiezan a ver que otras presas, las que estaban en otros centros de de- tención también se montan.

El bus se llena. Es una locura. Tama- ra Dávila va en la primera fila, tras el conductor, y una de las muchachas re- cién llegadas la reconoce. Le dice que le alegría verla bien, luego le cuenta que ella estaba en la cárcel por un post que escribió en Facebook.

La noche del 8 de febrero de 2023 —o tal vez la madrugada del 9, la hora es difícil de establecer—, 222 presos políticos fueron extraídos de diferen- tes centros de detenciones, La Mode- lo, La Esperanza, las “casa por cárcel” y El Chipote.

Los buses avanzan y las preguntas vuelven: ¿a dónde nos llevan? ¿Nos lle- van a La Modelo? ¿Vamos para los juz- gados? ¿Nos van a desaparecer? ¿Nos mandan para Cuba o para Venezuela? ¿Nos van a matar en un terreno baldío? ¿Nos sacan para Costa Rica? ¿Nos llevan a que Rosario Murillo y Ortega nos den un sermón?

Quienes pueden ver van haciendo se- ñas. No son los juzgados, ya los pasaron. De pronto los buses giran y muchos co- nocen el portón que tienen al frente: la Fuerza Aérea de Nicaragua. Pasan una puerta, hay quienes creen que fueron dos, y se detienen frente a otra. Juan Se- bastián Chamorro ve aterrizar un avión enorme sobre una pista. Siguen deteni- dos. Un oficial se monta en cada bus y empieza a entregarles una hoja. Ordena que firmen el papel. Los presos políticos aún tienen las manos esposadas.

En el bus de las mujeres Dora Ma- ría recibe la primera hoja. El papel dice algo así: “Yo, espacio en blanco, acep- to irme voluntariamente a, espacio en blanco”; en algunas hojas está escrito Estados Unidos, pero no son todas. Dora siempre se ha prometido no ir al exilio de manera voluntaria. Lo recuer- da mientras lee ese papel. Levanta la cabeza, mira hacia al frente. Ana Mar- garita, Suyén, Tamara y otras mujeres la miran expectantes. Ninguna va a firmar si ella no firma. Las opciones son dos y lo aclara la oficial: o aceptan, o vuelven a la cárcel. Dora comprende que decide por la vida de otras. Lo im- prescindible ahora es firmar. Firma. To- das lo hacen.

—¿Libertad a costa de qué? La tortura acaba, pero inicia el destierro. Una gota de miel y otra de hiel bajando al mismo tiempo por la garganta.

—La idea era salir de Nicaragua an- tes de que saliera el sol para no generar mucha noticia. Pero llegamos al aero- puerto y no había nadie. Llegamos a la parte de los militares, pero no vimos al gobierno, vimos al equipo de la embaja- da —el funcionario del Servicio Exte- rior de Estados Unidos, el que estuvo en el avión, se refiere al aeropuerto de la fuerza aérea.

—¿No había nadie en la pista?
—No vimos a nadie. Por un momen- to pensamos; ¿Es un truco? Pero des- pués de unos minutos llegaron un bus y unos carros de la policía.

El funcionario, al que llamo y lla- maré así porque me pidieron no dar su nombre, no recuerda cuántos buses eran porque no llegaron todos a la vez. Las personas bajaban del bus, les quita- ban las esposas o las bridas, y se acerca- ban a un puerto improvisado que estaba al lado de las escaleras del avión. Ahí estaban seis personas que hacen parte del personal de la embajada, con unas cajas que parecían estar sobre el suelo y en ella había 224 pasaportes nuevos. Prisioneros y prisioneras no entendían muy bien que ya no lo eran. La gente no entendía nada.

—Estaban muy sorprendidos, no sa- bían qué iba a pasar. Al inicio hubo una tensión. Ellos recibieron la noticia ahí de que debían decidir si quedarse o salir hacia Estados Unidos. No sabían si po- dían volver y...

—...

—No era nuestro trabajo, pero que- ríamos explicarles con detalle lo que pa- saba y lo que implicaría para ellos, para sus familias y para su lucha... Pero era difícil, muchas eran personas que ha- bían luchado por su país durante años. De verdad, la decisión para muchos fue difícil. Había un sentimiento de triste- za, se separaban de sus familias y no sa- bían si podrían volver. Pero una vez que subieron al avión y vieron a otros pre- sos, el sentimiento cambió. Se sentía tanta fiesta que a las azafatas les era difícil calmarlos.

—¿Hubo tensiones en el aeropuer- to entre las personas del bus y la fuerza pública? Lo pregunto porque en el texto que publicaron sobre la operación men- cionan algo.

—La verdad, yo solo recuerdo un momento, y fue cuando un pasajero es- taba subiendo las escaleras del avión. Cuando llegó arriba se volteó y le gritó algo a la policía, no se entendió bien, pero un compañero diplomático lo me- tió rápido al avión. La situación tenía que mantenerse controlada porque cualquier cosa la podía afectar.

Lo que gritó el hombre que mencio- na el funcionario fue: “¡Viva Nicaragua libre!”, hay testigos que sí lo recuerdan.

La lista que había enviado el gobier- no nicaragüense la tenía el equipo de la embajada, el funcionario contaba con una copia. Y así inició el abordaje. El personal de la embajada hizo el check in en tierra, con la lista original y repartiendo los pasaportes, y el funcionario junto al equipo del avión verificaba. El hombre cuenta que revisaron varias veces:

—Estábamos como, ok, tenemos esta persona, tenemos esta persona, dónde esta persona, y verificar que to- dos abordaran el avión nos tomó mu- cho tiempo. Ahí nos dimos cuenta de que una persona no bajó del bus, y no

tuvimos la oportunidad de hablar con él, pero no era el obispo.

El hombre al que el funcionario se refiere es Fanor Alejandro Ramos, el presidente Daniel Ortega lo nombró en el discurso que dio tras la liberación. Se- gún la plataforma “Nica libres ya”, es un hombre que trabajó veinticuatro años en la Policía Nacional de Nicaragua, fue oficial de brigada especial, profesor de tiro y seguridad, y jefe de la tercera sección del departamento de tácticas y ar- mas policiales de instrucción de rescate de la Dirección de Operaciones Especia- les (DOEP). Su especialidad: francotira- dor. La plataforma cuenta que, durante las protestas de 2018, Ramos se negó a ser reclutado “para reprimir a las per- sonas autoconvocadas que se oponían al régimen autoritario de Daniel Or- tega y Rosario Murillo”. Después de eso se exilió con su familia. En 2019 regresó al país, la policía lo capturó, dijeron que le habían encontrado 368 kilos de cocaí- na, le montaron un proceso y lo conde- naron a ocho años.

La otra persona que decidió no abordar el avión fue monseñor Rolan- do José Álvarez, el religioso que más fuerte condenaba el autoritarismo y la represión de los Ortega-Murillo. El clérigo más perseguido en el hostiga- miento que inició contra la Iglesia el go- bierno de Nicaragua.

El avión, por fin, llegó a buen puer- to. Pero antes de aterrizar y de manera exprés, la Asamblea Nacional de Nicaragua se reunió para reformar el artículo 21 de la Constitución, que regula la nacionalidad nicaragüense, y declaró apá- tridas a quienes acababan de llegar a Washington. ¿Los cargos? “Traidores a la patria”; ¿las consecuencias? Les priva- ron arbitrariamente de la nacionalidad.

Al día siguiente, el 10 de febrero, Es- paña ofreció la nacionalidad a las 222 personas que iban en ese vuelo humani- tario. Después se unieron otros países: México, Chile, Colombia. Los prisione- ros y las prisioneras que se opusieron al régimen de los Ortega-Murillo obtuvie- ron la libertad física, la libertad de conciencia nunca se las lograron capturar. No me cabe duda, seguirán resistiendo, aunque les toque hacerlo por fuera de Nicaragua: el escritor John Dos Passos ya lo escribió: “Podéis arrancar al hom- bre de su país, pero no podéis arrancar el país del corazón del hombre”.

En cuanto a ese vuelo imposible, hay que decir una cosa con claridad: fue un conjunto y acuerdo de voluntades el que logró la libertad de estos rehenes. Mu- cha gente dice que “fue un milagro”, lo dijo Ortega, lo tituló la prensa, lo dicen algunos liberados y sus familiares. Lo llaman “milagro”. Yo lo llamo diplomacia. Diplomacia en contextos hostiles, eso es lo imprescindible.©

—Estábamos como, ok, tenemos esta persona, tenemos esta persona, dónde esta persona, y verificar que to- dos abordaran el avión nos tomó mu- cho tiempo. Ahí nos dimos cuenta de que una persona no bajó del bus, y no

—La idea era salir de Nicaragua an- tes de que saliera el sol para no generar mucha noticia. Pero llegamos al aero- puerto y no había nadie. Llegamos a la parte de los militares, pero no vimos al gobierno, vimos al equipo de la embaja- da —el funcionario del Servicio Exte- rior de Estados Unidos, el que estuvo en el avión, se refiere al aeropuerto de la fuerza aérea.

—¿No había nadie en la pista?
—No vimos a nadie. Por un momen- to pensamos; ¿Es un truco? Pero des- pués de unos minutos llegaron un bus y unos carros de la policía.

El funcionario, al que llamo y lla- maré así porque me pidieron no dar su nombre, no recuerda cuántos buses eran porque no llegaron todos a la vez. Las personas bajaban del bus, les quita- ban las esposas o las bridas, y se acerca- ban a un puerto improvisado que estaba al lado de las escaleras del avión. Ahí estaban seis personas que hacen parte del personal de la embajada, con unas cajas que parecían estar sobre el suelo y en ella había 224 pasaportes nuevos. Prisioneros y prisioneras no entendían muy bien que ya no lo eran. La gente no entendía nada.

—Estaban muy sorprendidos, no sa- bían qué iba a pasar. Al inicio hubo una tensión. Ellos recibieron la noticia ahí de que debían decidir si quedarse o salir hacia Estados Unidos. No sabían si po- dían volver y...

—...

—No era nuestro trabajo, pero que- ríamos explicarles con detalle lo que pa- saba y lo que implicaría para ellos, para sus familias y para su lucha... Pero era difícil, muchas eran personas que ha- bían luchado por su país durante años. De verdad, la decisión para muchos fue difícil. Había un sentimiento de triste- za, se separaban de sus familias y no sa- bían si podrían volver. Pero una vez que subieron al avión y vieron a otros pre- sos, el sentimiento cambió. Se sentía tanta fiesta que a las azafatas les era difícil calmarlos.

—¿Hubo tensiones en el aeropuer- to entre las personas del bus y la fuerza pública? Lo pregunto porque en el texto que publicaron sobre la operación men- cionan algo.

—La verdad, yo solo recuerdo un momento, y fue cuando un pasajero es- taba subiendo las escaleras del avión. Cuando llegó arriba se volteó y le gritó algo a la policía, no se entendió bien, pero un compañero diplomático lo me- tió rápido al avión. La situación tenía que mantenerse controlada porque cualquier cosa la podía afectar.

Lo que gritó el hombre que mencio- na el funcionario fue: “¡Viva Nicaragua libre!”, hay testigos que sí lo recuerdan.

La lista que había enviado el gobier- no nicaragüense la tenía el equipo de la embajada, el funcionario contaba con una copia. Y así inició el abordaje. El personal de la embajada hizo el check in en tierra, con la lista original y repartiendo los pasaportes, y el funcionario junto al equipo del avión verificaba. El hombre cuenta que revisaron varias veces:

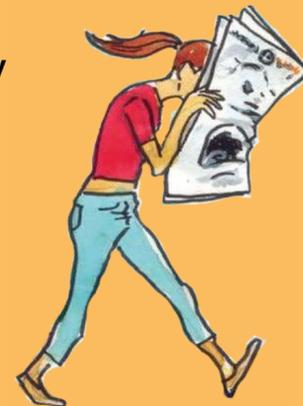
—Estábamos como, ok, tenemos esta persona, tenemos esta persona, dónde esta persona, y verificar que to- dos abordaran el avión nos tomó mu- cho tiempo. Ahí nos dimos cuenta de que una persona no bajó del bus, y no



Ayúdele a un periódico impreso y gratuito que se rehúsa a morir.

DELE UNA LIGUITA A UNIVERSO CENTRO

Cualquier cosita es cariño.



Ahorros Bancolombia
310-846146-21

Microficciones

por ALEJANDRO GAVIRIA • Ilustraciones de Camila López

INMORTALITYU



Estaba por todas partes: en el paradero de buses, en los anuncios del metro, en el celular, en las vallas gigantes de la autopista y en las conversaciones con los amigos. “La inmortalidad por una cuota mensual”, decían los anuncios. Rutilantes. Perentorios. Las promesas del capitalismo y la religión convergían finalmente. El negocio propuesto era sencillo: uno le entregaba a la compañía encargada las cuentas en redes sociales, las direcciones de correo, los libros o documentos escritos y asistía después a diez sesiones de entrevistas que eran grabadas y transcritas. La mente y el corazón humano son predecibles. Allí estaba todo. InmortalityU.com creaba después una cuenta virtual que respondía mensajes, contestaba preguntas y daba opiniones por demanda. Incluso con la

propia voz del cliente. Prometían cien años de interacción, pero podían ser más, decían. “Hasta cuando los familiares dispongan”. Estaba enfermo. Lo discutió con su esposa. No costaba mucho. Además, “¿la inmortalidad no había sido después de todo una aspiración eterna de los seres humanos?”. Ahora estaba al alcance de la mano. El alma inmortalizada en la nube. Ni la religión se había atrevido a tanto. Pero esta vez era real y a un precio módico. Entregó toda la información requerida. Fue a las sesiones de grabación. Contestó las preguntas difíciles de sus entrevistadores. Hizo todo esto en una especie de trance existencial. Trató de ser sincero. Pero sabía que la autenticidad no siempre era posible. Si algo nos define a los adultos, pensó, son las máscaras.

Sabía que la muerte tenía ahora un significado distinto. La conciencia pasaba de corporizada a descorporizada. Los días eran ya una forma de transferir y alimentar la información que quedaría. La vida podía entenderse simplemente como un proceso para generar los datos, la información para la máquina. Con la muerte, el “*dynamic process of information generation and accumulation*” llegaba a su fin, pero nada más. Agradecía haber vivido en esta época. No entendía por qué muchos de sus amigos tenían dudas de hacerlo. Tampoco entendía la renuencia de muchos de los hombres más importantes de su época. Conservadurismo, pensó. Hubo después un proceso de ajuste. Sintonización lo llamaban. Las primeras pruebas lo dejaron atónito. Existía virtualmente con sus palabras

y contradicciones. La máquina pensaba por él. No es que lo hiciera mejor, es que lo replicaba. Era inmortal. Así de simple era la inmortalidad. Finalmente, su esposa le pidió que incluyeran una cláusula adicional que le garantizara a ella el derecho de ponerle fin a la aplicación. Pasó todo el día pensativo. La inmortalidad dependía de otros mortales después de todo. Aceptó la cláusula. Al fin de cuentas, la inmortalidad era un servicio dispuesto para los sobrevivientes y las generaciones futuras. Incluyeron la cláusula. Murió a los pocos meses. Su esposa lo apagó dos años después. Había dejado de interactuar con él y la cuota mensual era un peso para las finanzas personales. El costo superaba al beneficio. “Nadie existe si no hay un amor”, dijo la esposa como justificación y coartada. ©



¿QUIÉN DEBERÍA VIVIR?

Bogotá, junio del 2049

Después de un debate apasionado, el Congreso de Colombia aprobó finalmente la Ley Sidney o Ley de Despoblación. Colombia fue uno de los primeros firmantes del Pacto de Sidney, que obliga a todos los países adherentes (entre ellos China e India, que lo firmaron recientemente después de masivas protestas) a reducir su población en un veinte por ciento en el lapso de cinco años. Atrás quedaron los debates éticos y las consideraciones filosóficas, las protestas y los reclamos. Una sola frase, repetida hasta el cansancio, resume la esencia de esta nueva ley: “Cumplir o morir”. Como bien lo dijo uno de los congresistas, “las generaciones anteriores escogieron la inacción, optaron por medidas simbólicas, cobardes, como el inútil Pacto de París. Nosotros estamos pagando las consecuencias de esa cobardía y por eso debemos apelar a la peor forma de utilitarismo: al sacrificio de una parte de nuestros ciudadanos para salvar al resto. Debemos hacerlo, si la palabra cabe, de manera justa. Esta ley es un rayo de justicia en medio de la oscuridad de estos tiempos, de la noche eterna a la que parece condenada nuestra especie”.

La Ley Estatutaria de Despoblación es éticamente compleja, pero simple en términos prácticos. Regula el funcionamiento de la lotería (el “sorteo de la muerte” como lo llaman popularmente) por medio de la cual se llevará a cabo la selección de personas que deben morir para cumplir con la cuota del país. Las personas seleccionadas serán sometidas a un procedimiento médico que incluye, entre otras cosas, el acompañamiento psiquiátrico con psicobina (también conocida como 4.PO-DMT) durante un periodo de cuatro semanas. La normativa colombiana es un ejemplo para la región. Ha sido elogiada por el secretario general de las Naciones Unidas y comienza a ser traducida a varios idiomas. Existen, sin embargo, voces discordantes. “Con esta ley paradójica, la humanidad está sacrificando su humanidad para salvarse”, escribió un reputado profesor. “Tal vez el profesor prefiera una guerra fratricida, un conflicto hobbesiano de todos contra todos, como respuesta al dilema de estos tiempos aciagos. El derecho no nos redime, pero puede disminuir nuestro dolor y darle algún orden a la administración de este destino trágico”, escribió en respuesta un exmagistrado.

Esta ley estatutaria enuncia, primeramente, cinco principios generales que prevalecerán sobre los demás en caso de conflicto. Dichos principios, claramente jerarquizados, son: 1) prevalencia de derechos: el derecho a la vida de niños, niñas y adolescentes es inalienable; 2) equidad: las personas pertenecientes a grupos familiares en condición de vulnerabilidad podrán ser excluidas del Sorteo Humanitario (SH); 3) igualdad: salvo algunas excepciones explícitas, todas las personas son iguales ante la ley y enfrentan las mismas probabilidades de ser seleccionadas para cumplir con el Compromiso Humanitario (CH); 4) libre elección: todas las personas mayores de edad pueden postularse voluntariamente para participar en el procedimiento; 5) *pro homine*: en caso de equívocos o confusiones, las autoridades adoptarán la interpretación más favorable a cada persona. El SH se realizará el primero de octubre de cada año. Participarán todos los hombres y mujeres residentes en el país que sean mayores de 45 años (la edad recomendada por las Naciones Unidas, que corresponde a la mitad de la esperanza actual de vida). Las madres que al momento de aprobación de la ley tuvieran uno o más hijos menores de quince años, según los registros oficiales y la

subsiguiente verificación genética, serán excluidas del sorteo. Las personas en condición de discapacidad o con enfermedades crónicas serán tratadas de la misma manera que los demás ciudadanos. “Esta no es una ley de eugenesia”, aclaró uno de los ponentes. Uno de los aspectos más debatidos es la posibilidad de evadir el SH mediante un pago o transferencia a las arcas del Estado. Colombia optó por el llamado modelo canadiense, que no permite pagos en ninguna circunstancia ni en ningún caso. A pesar de los grandes beneficios para el fisco, el modelo estadounidense de subastas fue descartado. El modelo sueco, que exime a algunos científicos y escritores de gran importancia, fue adoptado de manera marginal. El Congreso deberá aprobar cada caso de manera independiente mediante las Leyes de Excelencia y Excepción. Un congresista presentó otra iniciativa bastante polémica: los “salvamentos” o intercambios de vidas, que permitiría a una persona seleccionada evadir el Compromiso Humanitario si otra persona elegible (hombre o mujer mayor de 45 años y sin hijos menores de quince años) se somete voluntariamente al procedimiento. Algunos congresistas libertarios adujeron que debía permitirse la libre elección *ex post*, esto es, con posterioridad al sorteo, pero la propuesta fue rechazada por la mayoría con un argumento definitivo: los intercambios podían dar origen a un mercado negro para la compra y venta de vidas humanas. Las listas de elegibles para el SH se publicarán el primero de junio de cada año, durante cinco años consecutivos (2051 a 2055). Los resultados serán enviados a las células digitales (las mismas que permiten la georreferenciación permanente de todos los residentes en el país). Las apelaciones de elegibilidad (mujeres con hijos no declarados) deberán presentarse en las dos semanas siguientes a la publicación de la lista de elegibles y serán resueltas en una semana. Una vez depurada esta lista, se realizará el sorteo para elegir a los participantes. Cada año serán seleccionadas un millón de personas para el CH. Dicho sorteo será vigilado por todos los organismos de control y por testigos de la sociedad civil. Los seleccionados dispondrán de dos semanas para presentarse. En caso contrario, la georreferenciación facilitará su ubicación. Hasta ahora, los legisladores no anticipan evasores o prófugos. Tras el sorteo final, los elegidos comenzarán de inmediato un periodo de preparación de cuatro semanas durante el cual contarán con acompañamiento farmacológico. Los familiares también recibirán orientación. Tanto los participantes como sus familias podrán interrumpir el acompañamiento psiquiátrico en cualquier momento. Las pensiones anticipadas serán entregadas a los parientes bajo las condiciones estipuladas por las leyes de seguridad social. Doscientos años después de los escritos de Malthus, la humanidad entra en una etapa definitiva. Las leyes de despoblación respetan el principio de igualdad ante la ley y permiten que el azar, siempre presente en las vidas de los hombres, determine quién vive y quién no. No el dinero, ni la raza, ni la fortaleza física o mental; el simple azar. “Es el hombre, y no Dios, quien termina jugando dados con la vida. El mundo se está convirtiendo en un casino; un casino con un barniz de civilización, pero macabro al fin y al cabo”, dijo el profesor universitario antes de anunciar su suicidio, un acto de protesta que contribuirá, paradójicamente, a la cuota del país. ©

*Estas historias hacen parte de un libro próximo a publicarse.



Las chillonas

por YULIANA ALARCÓN

• Ilustración de Verónica Velásquez

Era pleno mediodía, el almuerzo apenas me bajaba por la barriga cuando llegó el Ziki Ziki a buscarme y me dijo: —Ey, flaca, ¿qué, vamos?

—¿Vamos pa dónde? —dije yo.
—¡Ay, niña! Pal cerro, necesito una delantera y una defensa pa ganarnos el torneo y las frías.

—Nerda, Ziki, pero tengo que vé qué le invento a Mami, tú sabes que ella ni a la tienda lo deja cogé a uno.

—Tú eres boba, inventa cualquier cosa, pero no te puedes perder este partido, cuento contigo.

—Mmm, ya sé, le voy a decir...
—Dile que vas a acompañarme a medirme el vestido de quince en Montería —dijo la Lilo interrumpiendo de golpe.

Lilo siempre la tiene clara, mi mamá muere por vernos con todas esas vainas femeninas. Claro que esa excusa del vestido es perfecta. No sé qué haría sin ella.

Esa misma tarde puyé el burro pal cerro con la Lilo (mi prima, la valecita, sangre de mi sangre). Íbamos con la mejor disposición, cogimos un cienaguero, nos subimos atrás, pa, ajá, pa pagá menos. Cuando llegamos, yo veía ese cerro lejos, tal vez por el solazo, pensé.

—Uy, niña, eso está lejos —dijo Lilo, como leyéndome el pensamiento.

Y yo le creo porque con esos ojos de búho todo lo ve. En fin, llegamos al cerro y ya se estaba acabando el partido de los pelaos, veníamos nosotras, LAS MEJORES, las pelás de Cereté contra las tramacúas esas de Lorica. Bueno, jugamos el primer tiempo, íbamos 1-0 cuando una tramacia de esas me tira un balonzazo en el pecho, apenas el aire estaba diciéndome chao con adiós, cuando la Lilo va empujando a la otra, le pegó una *acholea* que hizo que a las dos les clavaran roja.

Ya en el segundo tiempo íbamos empatadas 2-2, no faltaba ná pa acabarse el partido, teníamos que ganar la Lilo y yo, no nos íbamos a ir ardías y derrotadas, pero cogí fuerza e hice un gol como el que Steve Hyuga le hizo a Oliver Atom en *Supercampeones*. Ganamos, celebramos, festejamos y toa la cosa. Así nos dieron las cinco.

—Bueno, vamos Lilo, esperemos el premio en la casa que después nos coge la noche —y la Lilo insistió en quedarse.

—Si nos vamos, se toman las frías, loca —dijo la Lilo.

—Bueno, un rato más.
El rato resultó bien largo. Ya el cielo se empezaba a oscurecer y tocó puyé el burro, teníamos que ganar la Lilo y yo, no nos íbamos a ir ardías y derrotadas, pero cogí fuerza e hice un gol como el que Steve Hyuga le hizo a Oliver Atom en *Supercampeones*. Ganamos, celebramos, festejamos y toa la cosa. Así nos dieron las cinco.

—Tocó tirá pata —le dije a Lilo—, aprieta nalga y no mires patrás.

Pasó una hora y solo se veían monte y vacas alrededor. Me sentía

caminando en reversa, como el Diabolo. Nada que avanzáramos. A lo lejos, escuchamos un chirrido aturridor que nos hizo sentir un viento frío que subió desde la punta de los pies, pasó y dio vueltas por el estómago, pegó en el pecho, raspó la garganta y nos jaló los pelos de la mollera.

—¿Qué fue eso? —preguntó la pobre Lilo con la voz entrecortada y los ojos salidos que ni pepa'e guama.

—Ese es el *puecco* chillón.
Para amenizar el camino y reírme de la Lilo, le eché los cuentos que dijo mi mae.

Dicen que las brujas del pueblo se transforman en *pueccos* para poder hacer sus fechorías. Están las viejas que se transforman en *pueccos* gigantes, negros, peludos y olorosos. Tienen un hocico que refunfuña siempre, pezuñas finas, tan finas que suenan como agujas sobre vidrio, y de su boca brota un sonido más agudo que el llanto de las cantantes esas que rompen copas con la voz, las que una vez vimos en el televisor.

—¿Te imaginas romper vidrios con solo abrir la boca?

—Oye, niña, y si mejor cantas canciones en vez de cagarme del miedo —dijo la Lilo.

—¡Ay! Se te aguaron los bolis, yo sí dije que to malo es cagao. Aguanta que tienes que saber cómo te va a atacar el *puecco* ahora que te salga.

—¿Pa qué quiero saber cómo voy a sufrir? —dijo Lilo.

—Así sabrás defenderte. Bueno, ¿por dónde es que iba? Ah, sí, esas son las viejas, su trabajo es ser las guías y las que saben hacer embrujos. Esas preparan a las muchachitas nuevas pa que sean brujas.

—¡Bah! ¿A qué loca le gustaría ser bruja? —preguntó Lilo.

—No es que a quién le gustaría, ellas las eligen. Dicen que tienen preferencia por las pelás entre los trece y los quince años ¡Uy! En especial las que están por cumplir quince.

La Lilo empezó a tragá en seco y a sudá frío.

—Las que son bajitas, desordenadas, con ojos saltones, y sobre todo...

—¿Sobre todo qué? —preguntó la Lilo casi llorando, y yo, muy seria, le contesté—: Las que tienen más de una verruga en su piel y una marca en el ombligo.

En ese momento casi muero de risa al ver a la pobre Lilo tocarse la verruga de la cara y ver su marca en el ombligo. La *veddá*, sí se me hizo rara la marca de Lilo con la historia que mi mamá me contó de las *pueccas* chillonas.

Bueno, total es que ajá, eligen a sus pelaitas y pa que se puedan convertir en *pueccas* tienen que salir a cazar.

Primero salen las viejas en las noches a buscar en qué casa hay un recién nacido, llegan, raspan la puerta

con sus pezuñas y esperan que les abran. Apenas alguien abre, se meten corriendo como toro miura en corralera, miran si el pelaíto está en la casa, mientras reciben sus cincuenta escobazos, ellas ven por dónde se pueden escapar, cómo entrar y to esa vaina, terminan su espionaje y campantes se van. Se encuentran con las brujas muchachonas, o sea las nuevas, y les dicen qué casa deben visitar. Hasta ahí las viejas terminan su labor.

Ahora se reúnen por aquí cerquita en el cerro de Malagana, este que estamos por pasar, y ahí esperan campantes a que las nuevas terminen el trabajo.

—¡Ajá! Pero deja de dar larga. ¿Qué trabajo hacen?

Las pelaitas se toman su brebaje, se convierten en *pueccos* chiquitos, grises, peludos, con las pezuñas finas, menos malucas, pero con el chillido igual de aparatoso que el de las viejas.

Llegan a la casa que les toca, se meten por el patio, caminan hasta donde está el bebé y... ¡Zas! ¡Zup! ¡Zup! Les hacen chupones ¡Krrrrjaum! Explayan la jetaza y les arrancan el ombligo. Antes de que el pelaíto se convierta en agua salá, y la mae se hunda en el mar del niño, ellas pujan el burro pal cerro de Malagana, llegan, entregan el ombligo y ahí empieza su vida como brujas oficiales. Ya después de eso se dedican a chismosar de la gente y le venden sus secretos al mejor postor, hacen brebajes y cuanta porquería se les ocurre.

A mitad del cuento la Lilo ya estaba rezando y caminando como pelá que ha comió sopa de tamarindo, en menos de ná mi prima era la más rezandera, no sabía que tenía tal don, taba buena pa que fuera a rezá velorios.

—La sangre de Cristo tiene poder. Oh, mi buen Jesús, óyeme. Dentro de tus llagas, escóndeme. No permitas que me aparte de ti. Del enemigo, defiéndeme. ¡Reprendo, reprendo, reprendo! —decía Lilo persignándose una y otra vez.

De la nada, la Lilo se quedó quieta y dijo:

—Eso no existe, es puro cuento de mi tía, quién sabe qué habrás hecho pa que te echara semejante embuste. Yo hasta no vé el milagro, no creo en el santo.

—¡Mujé de poca fe! ¿Tú crees que yo voy a inventarme eso? El *puecco* chillón existe. Este pechito lo vivió en carne propia.

—¡Ira! Embusteraaa, tú que vas a viví ná, si te hubiese pasao no estarías echando el cuento —dijo La Lilo.

—¿Tú te acuerdas cuál fue el mejor día del mundo, el día que más feliz fuiste?

—Ya se te corrió la teja. ¿De qué estás hablando?

—¿De qué más? Del día en el que la vida te bendijo con una prima pa hacer-te compañía.

—¡Vaya! Ni que mi prima fuera Draco y cantaras en Menudo. Bueno, pero ¿qué fue lo que pasó el día que naciste? —preguntó Lilo.

—Era de noche, mi mamá me acostó sobre la hamaca, se sentó en la silla y jalando de una pita, me mecía mientras me cantaba: zorra pelá, quién te peló el agua caliente que te cayó, rorro, roote rorro, roote. Duerme, duerme, negrita que tu mama está en el campo negrita, duerme, duerme mi niña, que tu mama está en el campo mi niña. Y si no te duermes viene el Diabolo blanco y ¡zas! Te muerde el... Tocaron la puerta muy fuerte, mami se paró de un brinco y salió a ver quién era, abrió la puerta y eran dos *pueccos* grandes.

—¿Chillonas? —preguntó la Lilo.

—Chillonas —respondí asintiendo con la cabeza y haciendo caras raras.

—¿Se metieron? —preguntó la Lilo.

—¡Shhh! Dejame echá el cuento, nojón. Ellas iban a entrar cuando mami les gritó: "¡Aguanten ahí!". Y dijo algo como melinapolina o

Marcelina Molina, no me acuerdo, pero eso las detuvo, se quedaron quietas, inmóviles. En ese momento mami dijo: "En mi casa no, busquen otra, esta niña es mía, ¡nojoda! Ahora sí estamos lindos, los pájaros tirándole a las escopetas". Fue a la cocina, les sirvió café. "Tomen, váyanse y no las quiero ver por acá, ya la vejez las tiene ciegas o qué es la vaina, nojoooooda". Alargó ese nojoda hasta que se fueron, refunfuñó y cerró la puerta, apenas cerró, corrió hacia mí, me quitó el suetercito que tenía, lo volteó y me lo colocó al revés, con las costuras hacia afuera. Se quitó las chancas talla cuarenta y tres y las puso en cruz bajo la hamaca, se sentó y siguió cantando:

Duérmete niña
Duérmete ya
Antes que venga la zorra pelá
Zorra pelá, ¿quién te peló?
El agua caliente que me cayó
rorro roote rorro roote
Duérmete, niña
Duérmete ya
Que luego la bruja, te comerá
Cantaba con voz tenebrosa, mientras cogía una rama y se la pasaba por la espalda a Lilo pa asustarla.

—¡Aaaaah! Jueputa, nojoda, casi me sacas el corazón, *macva*, busca juicio. ¿Por qué mejor no te jalas los pen-dejos en vez de estar asustando a uno? ¡Coge juicio!

Enseguida escuchamos una bullaranga como de algo destartado.

—Lilo, meté la mano, pero no mires patrás, por si es un espanto.

Efectivo, mano, era un tractor viejo que venía de una algodonera.

El señor nos dijo:
—Ooo, niñas, ¿qué hacen tirando pata a esta hora?

Sonó de nuevo el chirrío, pero ahora más fuerte. Cuando lo vimos, mano, un *puecco* chillón con sus ojos saltones y luminosos nos divisaba desde el matorrall, como con ganas de matarnos. Sentí un miedo abrumador.

—Móntense, después me dicen pande vai, porque allí viene un chillón y no querrán saber lo rápido que corre ese nimá.

—¡Juiii, canastoo! —se me pararon los pelos al escuchá eso.

—Vamos pa Cereté —dijo la Lilo.

—¡Uh, pacho! No han pasao ni por Berástegui, súbanse y las empujo —dijo el viejo.

Bueno, tocó. Nos subimos lao a lao y me agarré como pude. ¡Praqui, praqui, praqui, ta, ta, ta! Eso saltaba más que la quijá se me iba a salir de un brinco. ¡Y por fin! Llegamos a Cereté. Yo iba pensando en el catre de la casa, pero me acordé de un detalle. ¡Mi mamá!

—¡Mami Dalba! —dijimos la Lilo y yo, al unísono.

—¿Ahora qué le inventamos?

—Llénate de hojas y barro, así decimos que jue que te caiste en un matorrall y te llevé al hospital, por eso la demora —propuso la Lilo.

Y joa, con ese cansancio no pensé dos veces la grandiosa idea de mi prima, no tenía más opción.

—Va pa esa.

Lo hicimos, íbamos decididas y convencidas de que no nos dirían nada. Llegamos a la casa, repasé cien veces cómo le echaría el cuento a mi mae.

Tomé aire, encurví el cuerpo, carraspele la voz:

—Mami, resulta que...

—¿Qué? ¿Qué? —¡tas! La primera cachetá. Se me reseteó la vida. Y cuando iba a hablar: ¡tas!—. Otra por irte a jugar a Ciénaga —¡tas! Suena la tercera—. Esta por embustera —¡tas!—. Esta por encaramarse con ese viejo —¡pra!—. Y esta pa ti, vergajá, por cómplice.

Esa noche no supe qué salió mal, corrí derecho pal patio a bañarme, y estando en el catre no podía sino pensar cómo Dalba Rosa Vega Espitaleta supo todo antes de que llegáramos.©



ALEJANDRA SERNA MORENO
• PSICÓLOGA •
Psicología Clínica

Conoce más:

@aflora_psicologia +57 314 8963018 Calle 45 # 55 - 65 Oficina 702 Edificio Business Plaza

psicologalejandraserna@gmail.com

RESTAURANTE, MÚSICA EN VIVO,
VINILOS, BOLEROS Y SON CUBANO

Horarios:
Miércoles a sábado de 5:00 p.m. a 2:00 a.m.
Platos fuertes del restaurante hasta las 9:00 p.m.

DESDE 1983

+57 316 139 59 00
Reservas

@boleroarmedellin



DESDE 1903 HACIENDO DE LA HISTORIA,
LA MEMORIA Y EL PATRIMONIO
EL CENTRO DE NUESTRO UNIVERSO.

Cra. 43 # 53-37, Parque del Periodista - Medellín
Tel: (604) 4078182 - Cel: (+57) 3012003182
www.academiaantioquenadehistoria.org
E-mail: acadehistoria1903@gmail.com

f i y x

ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA



La Chinita fue una invasión con todas las de la ley. Más de veinte mil personas, la mayoría trabajadores de las empresas bananeras. El barrio se convirtió en fortín político y hervidero social en la Apartadó de comienzos de los noventa. Hace treinta años una masacre lo hizo célebre. Treinta y cinco civiles fueron asesinados en el amanecer de una verbena popular. Mario Agudelo vivió de primera mano, como desmovilizado de ese grupo guerrillero, el entusiasmo y el dolor de La Chinita. Un poco de su memoria. Masacre en otras bananeras.

La masacre ocurrió en la zona de invasión La Chinita, en Apartadó; las víctimas eran simpatizantes y reinsertados de Esperanza, Paz y Libertad

Barbarie en Urabá: 35 muertos

Periódico *El Mundo*, 24 de enero de 1994.

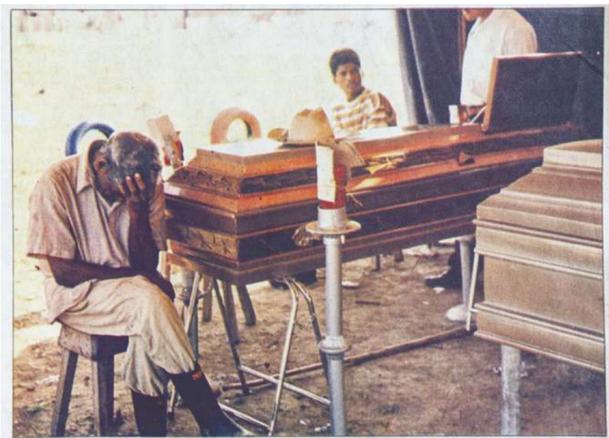
por MARIO AGUDELO

El barrio La Chinita, en Apartadó, nació como producto de una invasión organizada y dirigida por el movimiento político Esperanza Paz y Libertad. Todo comenzó el 8 de febrero de 1992. Ese día, cientos de trabajadores salieron de las fincas bananeras en una interminable romería, sabían que iban hacia la construcción de un territorio propio, hacia la conquista de esa tierra prometida. La mayor parte de ellos llegaron cargando plásticos, palos de madera y herramientas para armar sus cambuches; otros, los más osados, en un acto que pareciera hubiese inspirado a Sergio Cabrera para el libreto de *La estrategia del caracol*, llegaron con planos en mano, instrucciones para armar, y sus ranchos al hombro o en destartados vehículos, después de haber vuelto trizas los viejos campamentos de las bananeras en los que habitaban.

Esta invasión no fue más que la continuación de una tradición que desde los años setenta del siglo pasado, y que bajo la consigna "La tierra pal que la trabaja", hacía parte del repertorio identitario del Partido Comunista de Colombia Marxista Leninista (PCCML), y de su brazo armado el Ejército Popular de Liberación (EPL), invasiones que durante algún tiempo siguió impulsando Esperanza Paz y Libertad, el movimiento político que surgió de su desmovilización. Para nombrarlas usábamos el eufemismo "recuperaciones", las mismas que incidieron significativamente en la construcción de nuevos territorios, propietarios y conflictos en Urabá. La lucha directa por la tierra y la actividad sindical le garantizaron al PCCML y al EPL un gran apoyo entre las masas campesinas y obreras, apoyo que posterior a la desmovilización del EPL, ocurrida el primero de marzo de 1991, heredó Esperanza Paz y Libertad para convertirse en una poderosa fuerza política en el eje bananero.

Durante muchos años no entendimos el significado, los alcances y las profundidades de la invasión de La Chinita: simple y llanamente no comprendimos que La Chinita se había constituido en un hito histórico. En un reciente conversatorio sobre el exterminio del movimiento político Esperanza Paz y Libertad, afirmaba el investigador Andrés Suárez que por su extensión territorial (107 hectáreas) y por su número de habitantes (más de veinte mil personas), La Chinita es la invasión más grande que se haya realizado nivel urbano en América Latina.

Su consolidación fue la partida de defunción de los vetustos e inhumanos campamentos de las fincas bananeras; los obreros bananeros se volcaron hacia



Fotografía de Juan Antonio Sánchez. Periódico *El Mundo*, 25 de enero de 1994.



Periódico *El Tiempo*, 25 de enero de 1994.



Periódico *El Mundo*, 26 de enero de 1994.

los cascos urbanos, renunciaron a su condición de súbditos y se transformaron en ciudadanos que iban a adquirir un rol protagónico en los asuntos políticos y comunitarios del eje bananero.

Con la aparición del nuevo barrio, la población de Apartadó se incrementó en más del veinticinco por ciento y el mapa político local cambió drásticamente. En las elecciones de octubre de 1994, Esperanza Paz y Libertad se convirtió en la primera fuerza política del municipio al elegir seis de los quince concejales de Apartadó, cuatro de ellos eran habitantes del barrio. Los ranchos de La Chinita eran un nuevo fortín político.

La "construcción" de La Chinita les puso el tatequeto a sórdidos negocios por parte de la administración municipal y los propietarios de esos predios. Los terrenos eran el fiel de la balanza a la hora de las transacciones políticas, económicas y clientelares que los urbanizadores piratas enmascaraban bajo el rótulo de "desarrollo social".

Por aquellos años de la invasión, las Farc habían implementado una estrategia que les permitió construir corredores de movilidad entre el eje bananero y la serranía del Abibe. En esta estrategia era indispensable garantizar las simpatías y lealtades de los pobladores de las áreas localizadas al oriente de la carretera al mar, lugares considerados por esta guerrilla como una especie de sitio sagrado. La Chinita se extiende desde la orilla de la carretera al mar hacia el oriente, colindando con los barrios Policarpa, Santa María y Diana Cardona, para ese entonces grandes reducidos del Partido Comunista, barrios periféricos al mítico corregimiento de San José de Apartadó, cuna del quinto frente de las Farc.

La política de exterminio emprendida desde 1991 por esta guerrilla en contra de Esperanza Paz y Libertad, al considerar la desmovilización del EPL como traición a la religión del marxismo-leninismo, la ubicación geográfica de La Chinita y el hecho de que su población estuviera compenetrada con la causa de los esperanzados fueron motivos suficientes para la sentencia a la comunidad a una feroz y despiadada persecución, a ser objetivo militar de una auténtica cruzada que ordenaron los jefes del secretariado de las Farc.

Desde el momento en que las Farc comenzaron a ejecutar sus expediciones militares contra Esperanza Paz y Libertad, conforme al plan previamente diseñado y que para marzo de 1993 dio "el salto" de la fase de homicidios selectivos a homicidios colectivos —fase que inauguraron con la masacre de trabajadores bananeros afiliados a Sintrainagro de las fincas La Mora y La Manzana,

ubicadas en el municipio de Turbo—, el espectro de la muerte empezó a rondar y a atormentar el alma de los militantes y simpatizantes de los esperanzados.

Una extraña mezcla de premonición y paranoia se generalizó y a cada momento surgía la pregunta: "¿Cuál será la próxima masacre?". Las respuestas siempre apuntaban hacia Apartadó y por supuesto hacia La Chinita. La mejor prueba de ello fue la entrevista que el diario *La Prensa* le hizo a Guillermo Rivera, presidente de Sintrainagro, el mismo día de la masacre: "En el barrio La Chinita de Apartadó se sabe actualmente que las guerrillas van a perpetrar varias masacres... Y las autoridades aún no han hecho nada para evitarlo".

Ante este oscuro panorama nos interrogábamos: "¿Por qué tanta sevicia?". La respuesta era clara: para las Farc la desmovilización del EPL fue un complot orquestado por la CIA con el propósito de debilitar el campo socialista en América Latina. Esta narrativa justificó la construcción de un nuevo imaginario que convirtió a Esperanza Paz y Libertad en el enemigo absoluto. Enemigo al que había que despolitizar, deshumanizar y criminalizar en nombre de la defensa de una causa superior, la causa del socialismo real y la dictadura del proletariado. Para ellos Esperanza Paz y Libertad era un rival ilegítimo, con el que no cabía siquiera la posibilidad de dialogar y al que había que borrar de la faz de la tierra. Mientras con nosotros el tratamiento era de aversión total, con Fidel Castaño, figura icónica del narcoparamilitarismo, la política de las Farc fue de contemporizar, buscar acuerdos y establecer alianzas, tal y como quedó en evidencia en versiones de desmovilizados del quinto frente de las Farc y de las AUC en Justicia y Paz y en la JEP.

La masacre de La Chinita fue perpetrada por las Farc en la madrugada del 23 de enero de 1994, en el lugar donde la comunidad disfrutaba de una verbena popular, pocas horas después que Esperanza Paz y Libertad realizara en el barrio un mitin político encabezado por sus candidatos al Congreso de la República. Los medios de comunicación nacionales y regionales coincidieron en señalar a las Farc como responsables del crimen. El titular del periódico *El Tiempo* fue elocuente: "Otra retaliación contra 'Esperanza'". De otra parte, José Noé Ríos, delegado presidencial para Urabá en ese entonces, declaró en el mismo diario que la de La Chinita había sido "una masacre de la coordinadora guerrillera con fines electorales".

El terror y la barbarie como recursos de persuasión quedaron en el ambiente. Uno de los objetivos inmediatos era atemorizar a la comunidad para que no votara por los candidatos de los esperanzados en las elecciones de marzo del 94. Los sucesos de La Chinita, además, llenaron de incertidumbre y preocupación a la dirigencia política. Para octubre de ese año estaban convocadas elecciones locales y regionales y la eventualidad de que la contienda electoral invocara nuevamente a los jinetes de la muerte se sentía a flor de piel. Pero los temores no paralizaron ni acobardaron a los representantes de los diferentes movimientos políticos de Apartadó. Algunos tomaron la decisión de renunciar en sus aspiraciones a la alcaldía y decidieron construir consensos para presentar una sola candidatura a la alcaldía. Gloria Cuartas, como candidata de unión, representó entonces lo que el país conoció como el "consenso político" de Apartadó, que tenía la intención de bloquear cualquier posibilidad de intervención de actores armados en la contienda electoral.



Fotografía de Luis Benavides. Periódico *El Tiempo*, 25 de enero de 1994.



Periódico *El Mundo*, 26 de enero de 1994.

En esta ocasión el terror disuasivo no logró su cometido en La Chinita. Contrario a lo que pudiera pensarse, el barrio no se convirtió en un lugar fantasma, no hubo éxodo masivo, los liderazgos comunitarios no se debilitaron; la junta de acción comunal continuó implementando su plan de trabajo, en el que destacaban asuntos como la legalización del predio, la dotación de servicios públicos y la construcción de infraestructura educativa. Fue una contundente demostración de valentía colectiva, mezcla de resistencia y estoicismo de una comunidad que no se dejó doblegar y que, con altivez, en las urnas, cada vez que pudo, abofeteó al verdugo.

Los trabajadores bananeros que habitaban La Chinita fueron sometidos a un terror sin fin entre los años 1995 y 1996, ahora se utilizaba una nueva modalidad: el asalto a los buses que a tempranas horas de la mañana llevaban a los trabajadores bananeros desde los diferentes barrios hacia las fincas. Los buses eran interceptados en retenes montados por las Farc, las víctimas eran bajadas de los vehículos, amarradas de las manos y posteriormente asesinadas con los fusiles de quienes estaban llamados a imponer la dictadura del proletariado. El país las conoció como las masacres de Los Kunas, Bajo del Oso y Osaka, en las que fueron asesinados, sin ningún tipo de contemplaciones, 53 obreros bananeros, la mayor parte de ellos provenientes de La Chinita.

Los obreros no se dejaban avasallar, no renunciaban a sus simpatías políticas, resistían, se seguían subiendo a los buses de la muerte asumiendo el riesgo de no volver a encontrarse con sus seres queridos, no abandonaban sus labores en las empresas, no renunciaban a nada. Este espíritu de los indomables quedó estampado en una crónica

cementerio, retumbaron algunas voces que en un tono enérgico agitaron su consigna de combate: "Es mejor morir armados que amarrados".

En los días posteriores a la masacre de La Chinita, la Fiscalía General de la Nación anunció la creación de una comisión especial para identificar, capturar y procesar a los responsables de esa atrocidad. Detenciones fueron y vinieron, desfile de titulares de prensa, espectaculares operativos: al parecer la madeja había sido desenredada y las almas de las víctimas podrían descansar en paz. ¡Qué va! Espectáculo teatral, trágico, que tuvo como telón de fondo la persecución judicial en contra de la Unión Patriótica. Impunidad total como epílogo de esta farsa.

En el caso La Chinita, el sistema interamericano sí operó, admitió la denuncia interpuesta por apoderados de víctimas de la masacre en contra del Estado colombiano, por su responsabilidad por omisión al desatender las alertas tempranas y los pedidos de protección que hicieron los dirigentes de Esperanza Paz y Libertad.

Algunas víctimas conciliaron con el Estado. Producto de esta conciliación, el gobierno nacional, el Ministerio de Defensa y la Alcaldía de Apartadó reconocieron su responsabilidad y se comprometieron a indemnizar a las víctimas.

Para nosotros la justicia transicional aparece en la escena como algo fantástico. En materia judicial, de un momento a otro, los muertos empiezan a salir de los escaparates de la historia donde fueron confinados, retornan los recuerdos reprimidos por los traumatismos o por las manipulaciones, las memorias adquieren nuevas dimensiones, las víctimas al fin pueden interpelar a los victimarios y la verdad entra al salón de la danza de las máscaras.

En Justicia y Paz, después de tediosas versiones libres por parte de desmovilizados del quinto frente de las Farc, la Fiscalía de Justicia Transicional hizo un extraordinario descubrimiento: el exterminio de Esperanza Paz y Libertad no fue una ficción, no fue producto de la imaginación. Gracias a este descubrimiento, el fiscal 34 de Justicia y Paz abre el bloque dos del barrio La Chinita, pasó de ser un espacio de diversión para convertirse en una improvisada sala de velación. Fotos que mostraban un doloroso ritual comunitario. Rostros curtidos por años de dolorosas batallas en las que aprendieron que lo único que se podía olvidar era el miedo. Las fotos enseñan un silencio como protesta contra la barbarie.

Esa nota de *El Mundo* recoge las diferentes intervenciones que allí se hicieron en medio de un acto protocolario en el que sobresale el chirrido de voces discordantes. Las palabras de la alcaldesa de Apartadó, Gloria Cuartas, quien al referirse a los crímenes cometidos por el quinto frente de las Farc, manifestó, en una actitud de condescendencia con los victimarios: "No creo que el movimiento de las Farc en Colombia tenga la misma posición..."; mientras que, Guillermo Rivera, presidente del sindicato de los trabajadores bananeros, Sintrainagro, dijo: "Hace tres días respaldamos los diálogos regionales planteados por la alcaldesa, y la respuesta de los violentos fue una nueva masacre contra los trabajadores afiliados al sindicato".

En la parte final de la página se registra la decisión de los marchantes del desfile fúnebre de no permitir que los cuerpos de los difuntos fueran transportados en vehículos, y en un gesto de ira y dolor optaron por cargarlos en sus hombros, convirtiendo el sepelio en una interminable marcha de protesta en contra de las Farc. Al final de las honras fúnebres, en el

En nuestra larga historia de guerras y desmovilizaciones, el barrio La Chinita ocupa un paradójico lugar como éxito comunitario y electoral, y, al mismo tiempo, como tragedia colectiva por la violencia ideológica. Ganar fue perderlo todo. ©

En los años veinte un grupo de mujeres “revoltosas” empezaron a sonar con fuerza en la literatura antioqueña. En aquel entonces eran contadas las mujeres que se atrevían a hablar más allá de temas de etiqueta, belleza y las aclamadas “artes culinarias”. Las tendencias costumbristas y los debates femeninos dieron un giro con la aparición de figuras insólitas como María Cano, Fita Uribe, María Eastman y Enriqueta Angulo, este cuarteto de muchachas escritoras, influenciadas por Los Panidas y por poetisas latinoamericanas, arrasaron con ideas conservadoras, dotando a la literatura antioqueña de un aire modernista y feminista que provocó a las señoras de buenas costumbres. La fogosidad y audacia de María Cano y sus amigas intelectuales había generado escándalo, en los círculos sociales de las muchachas de buena sociedad se rumoraba la imperante necesidad de contrarrestar de manera contundente las prosas sensuales que se estaban divulgando en la prensa. En 1926 las señoras Sofía Ospina de Navarro, Ángela Villa de Toro, Alicia M. de Echavarría y Teresita Santamaría de González, encontraron la manera: una publicación impresa de orientación femenina pensada para difundir las ideas de las damas de la clase media y alta de Medellín. La revista *Letras y Encajes* fue impulsada por este grupo de filántropas que además de oponerse a los postulados que iban en contra de la moral católica, buscaban allegar

Letras y Encajes: revista para muchachas de buena sociedad

por MARÍA ALEJANDRA BUILES

• Gestora Archivo Fotográfico BPP

fondos con esta publicación para la solvencia económica del Hospital San Vicente de Paúl. Una obra de caridad que les abrió paso entre el emergente empresariado que encontró lugar para promocionar sus servicios mediante publicidad, cuya estética estaba centrada en la figura femenina, ilustraciones de cuerpos jóvenes, esbeltos y torneados que comunicaban sobre el rol de la mujer y, a su vez, ofrecían los servicios de Coltejer, Chocolate Cruz, cigarrillos Piel Roja, Fabricato, Indulana, Pepalfa, una lista interminable de reconocidas empresas, que, entre otras cosas, permite entender la revista como una poderosa herramienta de mercadeo y consumo. La publicación se consolidó como un medio para reflexionar sobre temas femeninos, pero no feministas, un espacio pensado *mejorar* la cultura femenina del país. Reto que fue liderado por distinguidísimas damas

que periódicamente compartían notas que iban desde las tendencias globales de moda, viajes y recorridos por el mundo, hasta lecciones prácticas para lavar, planchar, mantener el cutis terso y todo lo concerniente a las “ciencias del hogar”. No quedaron de lado los consejos para la vida marital, la educación de los hijos y clases de cocina escritas con meticulosas recetas que brindaban a las lectoras una guía práctica para la destreza gastronómica. Desde que la revista entró en circulación tuvo amplia acogida en el ecosistema femenino del país. Hoy en día no suena muy de vanguardia, pero en la época *Letras y Encajes* se posicionó como un órgano cultural para educar a las mujeres, pretendía mantener intacto el interés por temas asociados a la vida en el hogar y, al mismo tiempo, promover el estudio de las artes y las letras. Cuando la publicación cumplió quince años de fundación las directivas

se manifestaron ante sus lectoras: “Invitamos cordialmente a toda mujer que desee dar expansión a su espíritu o que tenga algo que comunicar y enseñar, que haga uso de esta revista como cosa propia (...)”. Aunque mantuvo siempre un tinte conservador propio del momento histórico, la revista abrió paso a que algunas mujeres —hoy en día desconocidas— fueran publicadas y reconocidas en el medio cultural de aquel entonces; sobresalen nombres como Simona de Argensola, Rebeca de N. Portes, Elisa Velásquez, María Olózaga y una lista larga de asiduas colaboradoras, cuyos nombres quedaron en la penumbra de la historia.

No todo en *Letras y Encajes* fue ortodoxo, pues esta publicación ofreció un espacio para las mujeres en el nicho intelectual de la época, en el que por mucho tiempo había imperado la figura de reputados artistas y literatos; fue una revista adelantada y novedosa que hoy en día se ha convertido en una potente fuente de investigación, que se puede consultar de manera física y digital en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto. Sin duda fue una revista hija de su tiempo, que entre 1926 y 1959 publicó 394 números, en los que ambicioso ocupó el puesto de honor en la mesa del hogar, con recatados temas femeninos que le otorgaron reconocimiento a nivel nacional e internacional como la primera revista femenina de Medellín al servicio de la cultura. ©

CÓCTEL MOLOTOV

por LILIANA RAMÍREZ RUIZ • Ilustración de Carla Malaquita

La cocina de mi infancia hospeda el olor de la nostalgia. Es un lugar al que cada tanto vuelvo, voy de visita, regreso para recordar que yo soy yo. En la memoria miro a mamá mientras cocina, me dice que las enfrijoladas llevan hoja santa. En ese lugar se reúnen las vecinas del barrio, se cuentan historias y organizan las tandas. Lulú, mamá, mujer generosa.

La relación que ella tiene con los recipientes, utensilios, especies e ingredientes son un vínculo con sus ancestros. La abuela trabajó cuarenta años como cocinera en el Instituto Mexicano del Seguro Social, se dice que el general Lázaro Cárdenas personalmente le dio ese cargo. Es una especie de orgullo familiar.

En la cocina de mi infancia me acompaña mi hermano, está siempre sentado a mi lado. Todas las noches bajaba a cenar con él en la cocina, ese era mi momento favorito del día. Regreso a ese tiempo como remembranza, emoción y cuerpo. En un comal ha puesto unas tortillas, coloca una pequeña porción de queso Oaxaca, mientras espera que el calor infle ese objeto hecho de maíz, lo veo succumbir a la tentadora presencia del lácteo con el que pretendía preparar generosas quesadillas. Lo acompaño y acerco mi mano a su plato, tomo un pedazo de su quesadilla con mis dedos y antes de meterlo a mi boca le pregunto: “¿Puedo?”. Ya sabía la respuesta a mi travesura: “Toma lo que quieras”. Él entiende que disfruto de comer con las manos y que la comida sirva como utensilio y alimento.

En la cocina de la casa de mi infancia alguna vez fui lo que todos esperaban; buena hija, buena hermana, buena amiga y buena esposa. Descubrí que sabía cocinar cuando me fui de la casa materna, los domingos del año 2012 horneaba pan para mi marido. La pared de la primera era blanca y había una ventana al jardín, como la del 2012 en la que me asomaba para observar el guayacán amarillo. Amasar la harina, añadir leche y huevo, dejarla reposar, que se expanda el alimento. Ese hombre tenía ojos del color de las aceitunas mezcladas con las avellanas, los miraba cuando abrazaba mi cuerpo, asegurándose de llevarme a un lugar seguro. El psicoanalista dice que tan freudiano es buscar al padre como lo que yo hago, asegurarme de encontrar a su opuesto. Un día enfrenté al terapeuta diciendo que no veía ningún problema si gozaba de mis síntomas. Otro día desafié a la familia, las enfrijoladas a mí no me gustan, yo no soy una buena hija, ni una buena hermana, mucho menos una buena esposa. Hoja santa, pimienta, flor de cerezo, cuchillo.

Conocí las cocinas colombianas cuando trabajaba como profesora en la universidad pública. En los baños, los estudiantes encapuchados preparaban las papas bomba o —acá entre nos— las bombas molotov. Ingredientes: un



pedazo de tela, una botella de vidrio, gasolina o alcohol, ácido sulfúrico y clorato de potasio. En el bloque nueve de esa universidad, profesoras, profesores y personal administrativo reconocían los estallidos que sonaban en la puerta cercana a la calle Barranquilla. Del otro lado, la policía antimotines aparecía, aguardaba y tiraba gas pimienta. Recuerdo mi primera vez, las lágrimas en los ojos me impedían ver, no podía respirar y el sabor en nariz y garganta era quemante. Amarga en exceso es la pimienta. Las otras veces pude contemplar la batalla desde lejos, descifré los cuerpos danzantes arrojando las bombas caseras, los aplausos de los mirones (un público estudiantil expectante) y la métrica de las detonaciones. Explotan, a contratiempo y explotan. El interior de la universidad es el único lugar en el que he visto a los insurrectos ganar la embestida. Hoja santa, pimienta, flor de cerezo, cuchillo.

La rebeldía me llevó a abrir mi propio deseo y lo que me apetecía, recuerdo a la maestra de alemán que conocí en un espacio cultural a unas cuadras de la universidad colombiana, sin saber que ella vendría a visitarme a la colonia Narvarte en la Ciudad de México años más tarde. Mujer de agua, fluidos, sudor y sangre. *Blut, bluten, Blütenblatt* (sangre, sangrar, pétalo). Su olor era cítrico, su color pálido, su humor hiriente. Le gustaba lamer las flores de cerezo que llevo tatuadas en mi vientre. Las mujeres estamos llenas de rabia, risas y afecto.

Yo soy alimento. Me reconocí como tal cuando aquel hombre con un fetiche se metió la mitad de mi pie a la boca. Mirándolo enrojecido y a punto de ahogarse, solté una risa nerviosa que intercambié con un vistazo que nunca sabré si fue ternura o fue perverso. Desde ese momento supe que yo ya no era yo. Es una certeza, cereza, no una recomendación.

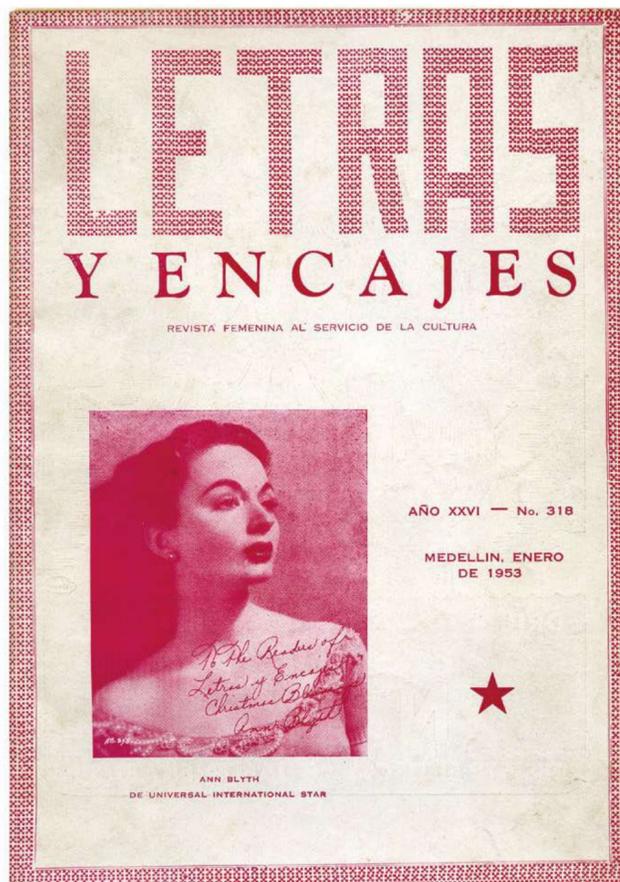
Según los científicos, comer carne favoreció la evolución del hombre. Dos veces en mi vida he sido vegetariana, el dicho popular versa: uno es lo que come. Los animales que consumimos como ganado se marcan como se marcan las mujeres. Hace días veía un *performance* de Regina Galindo, con un objeto filoso en su pierna ha escrito la palabra “perra” como protesta a los feminicidios en Guatemala. Soy una perra, como antes de mí lo han escrito Itziar Ziga y Luna Miguel. Lo descubrí cuando me negué a que un hombre me besara y me acariciara en un cuarto estando solos durante una fiesta. Empujé su cuerpo de un metro y ochenta centímetros y sus noventa kilos para salir corriendo mientras él me gritaba ese adjetivo. Siempre serás “perra” si te niegas a ser una buena mujer y no te sometes al mandato masculino. Esa noche mientras caminaba sola en un país extranjero por las calles de un barrio llamado La Recoleta, podía escuchar mi propio corazón. Hoja santa, pimienta, flor de cerezo... Necesito un cuchillo. ©

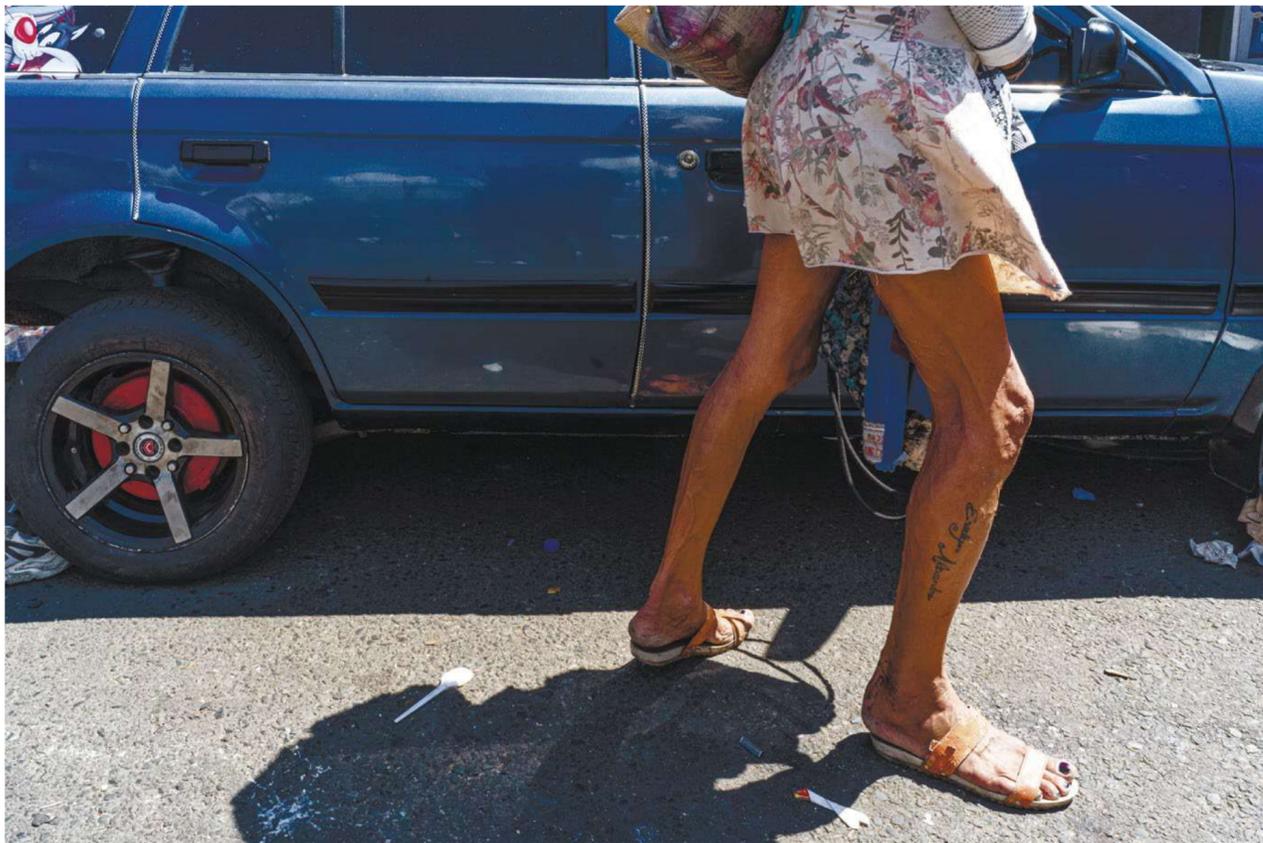
¿He de acogerme a cualquiera de ellas y ceñirme a sus términos sólo porque es un lugar común aceptado por la mayoría y comprensible para todos? Y no es que yo sea una rara avis. De mí se puede decir lo que Pfandl dijo de Sor Juana: que pertenezco a la clase de neuróticos cavilosos. El diagnóstico es muy fácil ¿pero qué consecuencias acarrearía asumirlo?

**Lección de cocina,
Rosario Castellanos**

La cocina es una metáfora ejemplar de la hipocresía de la cultura. El llamado arte culinario se basa en un asesinato previo, con toda clase de aveosías. Si ese mal salvaje que es el hombre civilizado arrebatara la vida de un animal o de una planta y se comiera los cadáveres crudos, sería señalado con el dedo como un monstruo capaz de bestialidades estremeedoras. Pero si ese mal salvaje trocea el cadáver, lo marina, lo adereza, lo guisa y se lo come, su crimen se convierte en cultura y merece memoria, libros, disquisiciones, teoría, casi una ciencia de la conducta alimentaria

**Contra los gourmets,
Manuel Vázquez Montalbán**





MIRAR LA CALLE

El año pasado el quince por ciento de los homicidios en la ciudad tuvieron como víctima a un habitante de calle, son la única cifra cierta respecto a sus andanzas. El resto son retazos de historias, fotos a deshoras, solidaridad con prudencia y derrotas marcadas en el cuerpo y el alma en esta crónica en el abismo de las aceras.

por MARIA ISABEL NARANJO

• Fotografías de Jorge Calle

Llevo tanto tiempo mirando lo mismo..., es como si la historia siempre se repitiera.

Confiesa el hombre que estoy mirando desde una silla, mientras busca en su archivo personal la imagen con la que quiere empezar a contar la historia de su mirada. ¡Son más de tres mil fotografías! Las tiene repartidas en cuatro discos duros de cuatro teras llenas, y dos álbumes de Magifoto de doscientas fotos cada uno. Hoy, cuando mira esos documentos, siente un rebote en el estómago. Se pregunta:

—¿En qué momento hice todo esto?

Cuando dijo cómo se llamaba pensó que era una marca profesional y no su nombre real. El misterio creció cuando entendí que era un hombre que tenía escrito el destino en su apellido: Calle.

Jorge Calle no toma retratos de los edificios ni de las fachadas antiguas para vender postales a los turistas con el fantasma del centro histórico. Él mira a los durmientes que se desploman bocarriba sobre los jardines de la Avenida Oriental, cobijados por el sol del mediodía; a los amantes de la noche que se abrazan sucios, sobre cartones

tendidos en las aceras, debajo de los aleros de las tiendas de El Palo cuando las cierran; a los gregarios del fuego que arman cambuches de plástico en las mangas, al lado del río, entre el puente Horacio Toro y la Minorista, o debajo de los viaductos del metro, entre las estaciones Estadio y Suramericana; a los huesudos que caminan descalzos, algunos en compañía de perros, cargando botellas y cartones atados en la espalda, escarbando entre la basura hasta encontrar algunas sobras para comer o cambiar por un basuco en las ollas que hay entre Cúcuta con La Paz; a los locos como el Diablo, la Ardilla, doña Marta, don Carlos, todos amigos de Calle, que murieron en circunstancias parecidas a los titulares que suele coleccionar:

“*Q’Hubo*, 10 de noviembre. “Tres habitantes de calle muertos en 2 horas. Indignante: prenden fuego a joven habitante de calle en Medellín. Un adolescente se encontraba durmiendo en una calle cuando sintió que le rociaron un líquido y le prendieron fuego. En otro caso, un hombre, que no ha sido identificado, fue asesinado de una pedrada en la cabeza. Van 42 en el año”.

—Desde que tengo doce años bajo al Centro a mirar cómo vive la gente —me dijo el día que nos conocimos en el Pasaje Cervantes, en octubre del año pasado, cuando presentaron el último informe de *Everyday Homeless*, una cuenta de Instagram que creó junto a la abogada Nataly Cartagena un año antes de la pandemia, y que cinco años después se ha convertido en una corporación. El informe se llama: *¿Desechable quién?* y se hizo en colectivo con el semillero de investigación que tienen.

Estamos sentados en una mesita al aire libre en el Pasaje Cervantes. Aunque les encanta el café, Jorge y Nataly piden dos vasos de soda saborizada con hielo para pasar el mareo con el que llegaron. Esta mañana se tomaron casi dos litros de tinto en uno de los encuentros que hacen los sábados con las madres, niñas, niños, jóvenes que viven en los inquilinatos del Bronx, y que están en riesgo de convertirse en habitantes de calle. Un trabajo que ninguno de los dos se imaginó cuando publicaron la primera foto.

—La mamá de Jorge dice que se parece a Jesús —comenta Nataly, antes de



mostrarme el celular con la imagen que ha elegido. Ella estudió Derecho en la Universidad Luis Amigó y se especializó en la defensa de los derechos humanos de los habitantes de calle con la Universidad de Antioquia.

21 de abril de 2019. La foto le gusta a @everydayhomeless y 350 personas más. Sí. Se parece al señor de los cuadros del Sagrado Corazón, pero este es moreno, pelinegro y en lugar de una túnica blanca impoluta, lleva puesto un buzo gris con capucha. Tiene la mano derecha levantada, como pidiendo con los dedos una *lloviznita de buena suerte que le caiga del cielo*, mientras, con la otra, agarra los cartones doblados en los que seguro dormió esa noche, debajo de la luz mortecina del puente Horacio Toro en donde Jorge la tomó.

Al principio, la idea era publicar una foto diaria de cada persona que Jorge había retratado en los ocho años que acompañó a los grupos de aguapaneleros con su cámara y cinco más con el proyecto que tiene con Nataly. Es el ritual de las redes de quienes hacen parte de @everydayeverywhere, una comunidad de narradores visuales del mundo que une a fotógrafos, documentalistas, periodistas y artistas que publican una

foto diaria de aquello que quieren visibilizar. Esta idea lo animó porque quería hacer algo más que tomar fotos y guardarlas en su archivo personal.

Era el año 2012 y a Jorge el Centro lo atraía como un imán. Bajaba en bus desde Santa Mónica a mirar la calle. En el 2007 había decidido estudiar fotografía en Yuruparí. En esa época estaba leyendo un libro que lo obsesionaba: *The Americans*, del fotógrafo estadounidense Robert Frank. También estudiaba a Martín Chambi, un peruano que retrató a su pueblo y que lo hacía creer en la potencia de volver la mirada sobre uno mismo. Pensó entonces que le gustaría tomar fotos de las comunidades indígenas. Por recomendación de un amigo llegó a un pequeño local del Parque de Bolívar, una litografía religiosa donde todavía hoy venden santos, al frente de la Catedral Metropolitana, subió las escaleras del estrecho edificio hasta el cuarto piso y tocó la puerta de la fundación Makivuwayuna, que en alguna lengua indígena significa “mano amiga”. Allí conoció a Javier Ruiz, futuro subsecretario de grupos poblacionales de la Secretaría de Inclusión de la Alcaldía y fundador de Visibles, otra organización que trabaja con habitantes de calle.

Cada jueves por la noche empezaron las salidas con los aguapaneleros.

—¿Qué es lo que hay?
—Aguapanela con pan
—¿Aguapanela con qué?
—Con pan.
—¿Con qué?
—Con pan.

Repiten tres veces los líderes de Aguapaneleros Medellín antes de salir con carritos de mercado llenos de panes y bidones de aguapanela a recorrer las calles del Bronx, en Cúcuta con La Paz. Existen más de quince colectivos en la Red de Calle que trabajan por esta población a través de labores sociales que funcionan con base en donaciones y voluntariado. Aunque este grupo en particular no pertenece a la red, quise ver qué se siente participar en un espacio similar a donde Jorge y Nataly se conocieron en 2017.

Son las ocho y media. Estoy en la esquina de la calle 50C con 61 en el barrio Prado. Han llegado por lo menos cincuenta personas, incluyendo varios estudiantes de Medicina de la Fundación Universitaria San Martín que hacen acompañamiento de APH. Todavía no sé muy bien qué es. Marta, una amiga, me ha presentado con los voluntarios que

están doblando la ropa que algunos trajimos para donar esta noche.

La historia de Nataly y Jorge comienza en un grupo así. De hecho, tal vez alguno de los que está a mi lado los conozca, porque han repetido en varias ocasiones que llevan treinta años haciendo lo mismo —dicen que el primero de estos grupos nació en 1990 con 35 voluntarios y se llamó Aguapaneliar—. Pensemos entonces en dos mundos paralelos. Mientras Jorge toma fotos con los aguapaneleros, Nataly busca a su hermano en la calle. Como en *Ausencias*, un cortometraje que produjo su amigo Juan Mesa, y donde, así como ella, la protagonista busca en la calle a un ser amado y le parece que todos son él: flaco, barbado y raquítico.

Creía verlo acostado en cualquier acera.

No sé si es porque hace varios días que no deja de llover y hoy particularmente está haciendo mucho frío, que todo se ve tan oscuro. Es como si un halo de hollín lo cubriera todo. Las paredes del metro. Los adoquines. Los buses. La gente caminando sin rumbo.

Hicimos una pausa en la estación Prado y tres hombres del “staff”: el Profe, Súper Dani y el Callejero —que toma las fotos—, subieron las escaleras para convocar desde arriba una sonrisa para el post que compartirán en su cuenta de Instagram.

Nos levantamos, seguimos caminando, pasamos el semáforo de La Paz y bajamos por la calle leyendo los nombres de los locales comerciales: Litografía Dinámica, Restaurante El Peñolero, Billares La Joya, Recuperadora de Metales Santiago, Ferretería Toby, Cobre Col, Remates y Excedentes, Excedentes La Paz, Residencias Viajes, Residencias Bachué hasta llegar a la esquina de Centro Día número 2, donde se escuchan entre murmullos algunas voces:

—Si Jesucristo estuviera aquí, ¿qué estaría haciendo? —pregunta en voz alta un hombre que pasa en contravía—. ¡Dando plataaaaa! —se responde a sí mismo y luego grita para todos—: ¡Aleluya!

—¿Todos necesitan atención médica? —se escucha una voz femenina.

—Ustedes van a determinar quién sí y quién no —indica la mujer al grupo de voluntarios de APH, cuando nos detenemos en una reja blanca.

—¿Nos colaboras con el domicilio? —me pregunta.

—Sí, claro —respondo.

—Allá va a estar un muchacho que nos va a entregar los domicilios —y señala la esquina donde comienza a armarse una fila enorme de habitantes de calle, rodeada por una cadeneta de voluntarios delante de los carritos de mercado.

—¿Qué son los domicilios?

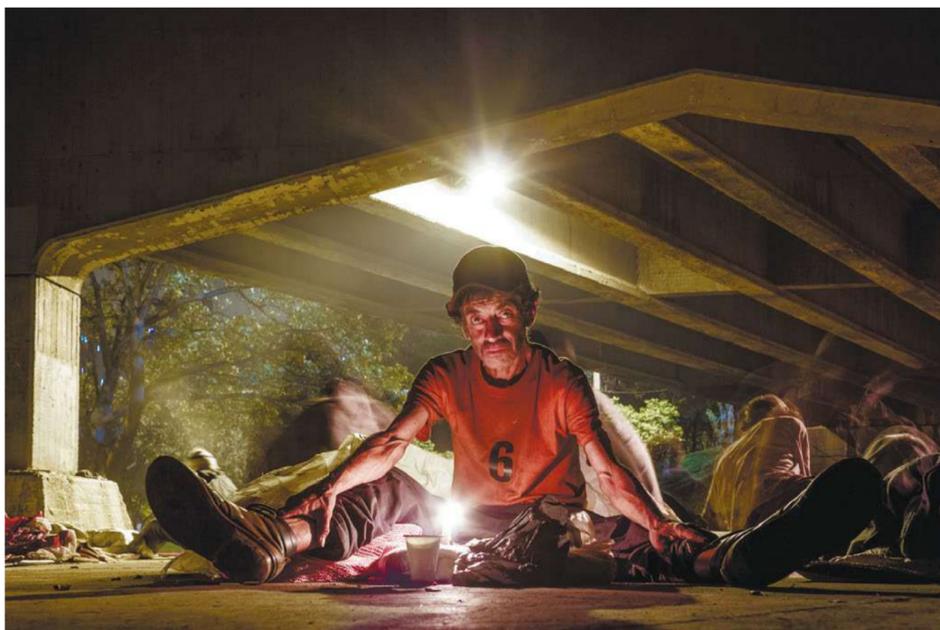
—Aguapanela con pan. Para que ellos no tengan que ir hasta la fila tú se los traes. Y solo se los da a los que digan ellos.

—¿Qué es APH?

—Atención Pre Hospitalaria. Ellos son los que van a decir quien se atiende o no se atiende. Y ustedes dos son el filtro.

Hoy llegamos escuchando la sirena del carro de la basura de Emvarias y el sonido de las escobitas recogiendo pedazos de botellas, aparatos diseccionados, montañas de papeles, recortes de telas..., todo se va adentro del carro para limpiar la calle. En el último operativo que hubo compactaron cinco toneladas de basura en una sola noche. Se estima que el 46 por ciento de los habitantes de calle son adictos a sustancias psicoactivas y gastan casi todo su dinero en el consumo. Los cables de cobre son el tesoro de la calle, pagan a veinticuatro mil pesos el kilo. Una fortuna si pensamos que un basuco cuesta dos mil pesos o trescientos si es un pipazo.

Uno de los primeros pacientes se acerca al puesto de atención que el



grupo ha improvisado sobre una mesa Rimax en donde dispusieron cajas con gasas, guantes, pastillas de acetaminofén y naproxeno, alcohol, ácido fúsdico, paletas para bajar la lengua, entre otros implementos médicos.

—Hola, buenas noches. ¿Cómo te llamas? —pregunta uno de los voluntarios.

—Hola, soy Luis Carlos.

—¿Qué tiene Luis Carlos?

—Una fiebre desde hace dos días.

—¿Hace cuánto vive acá?

—Hace cuarenta años.

—¿Entonces conociste Las Cuevas de Barrio Triste? —me atrevo a preguntar.

—Sí, allá vivía yo. ¿Y usted es la que me va a regalar una aguapanela con pan?

Me alejo para pedir el domicilio en la fila que hay delante de los carros de mercado. No puedo contarlos. Son una serpiente de hombres y muy pocas mujeres, cada uno en su propio mundo. Una de ellas está muy apretada contra un viejo calentano que le mete las manos en sus partes íntimas. Algunos miran de reojo. Otros hablan para adentro, consigo mismos, en un bucle mental en el que recuerdan el momento en el que lo perdieron todo. Hay parejas. Hay padres e hijos. Hombres que se quitan el pan de la boca para meterlo en el hocico de su perro. Están los atentos que sonríen cuando pasan por delante de la cadenetá y reciben abrazos gratis.

Uno de los que pasa al frente mío tiene unos audífonos y cuando le pregunto ¿qué es eso?, me los pone en la cabeza.

—Me los robé ayer —dice esperando mi reacción—. ¡Mentiras!, me los compré.

Son unos Aiwa sin espuma en las orejeras con un sonido metálico que distorsiona la música que suena. Creo que es una canción de Guns N' Roses.

—Me los vendieron en dos mil.

—¿Y qué estás escuchando, es una emisora?

—Sí, la FM. ¿Me va a grabar una memoria?

—¿Una memoria de qué?

—De lo que sea

—¿Qué música le gusta?

—De los ochenta

—¿Por qué le gusta?

—No sé, era la música de mi papá —y se vuelve a poner los audífonos.

Cuando regresé con el domicilio, otro hombre ya estaba sentado en el puesto de Luis Carlos. Dicen que los músculos del cuerpo tienen memoria, y los de este hombre se niegan a olvidar su vida anterior, a pesar de estar sucio y harapiento se veía saludable. Varios hilos de sangre se deslizaban por su cara sudorosa, mientras su mirada pasaba cada cinco segundos del dolor al terror.

—Chicos, ¿quién tiene el fúsdico? —grita un voluntario.

—¿Tienes una gaza? —le pido a otro que está parado muy cerca de donde estamos sentados.

—Ve, límpiate —digo—, no, esperate —me arrepiento.

—¿Por qué no se sienta? —me sugiere.

—Pues porque... —no sé qué responder y me siento a su lado, en el piso—. ¿Cómo te llamas?

—Nicolás.

—¿Y qué te pasó, Nicolás? —le pregunto mientras le limpio con la gaza la frente.

—Me pegaron un bolillazo —uno de los voluntarios ilumina con el celular para examinar su cabeza y la herida que tiene deja ver el tejido blando de su cráneo.

—¿Un policía?

—No, un celador de Barrio Triste.

—¿Y qué estabas haciendo ahí?

—Nada. Yo estaba sentado cuidando una bolsa y el celador llegó todo callado y me sacó el bolillo, tan, tan, tan y me dio en la cabeza.

—Mira, esta pastillita te va a ayudar mucho con el dolor —le ofrece el voluntario.

—¿Naproxeno? —pregunta riéndose.



—Eso es un poquito mejor, confía en mí.

Se toma la pastilla con la aguapanela y continúa:

—¿Usted conoce alguna fundación, un internado?

—¿Para salir de acá?

—Claro. Yo he querido, pero no he podido.

—¿Y qué consumís?

—Marihuana, basuco...

—¿Hace cuánto?

—Desde el año pasado que mi papá se murió. Yo trabajaba con él en un camión y desde eso me vine para acá y no he salido.

—¿Tienes amigos acá?

—Caras vemos, corazones no sabemos. Por acá he tenido hasta mujer. Pero acá no hay amigos.

—¿Cuántos años tenés?

—Veintisiete

Me acerco al que tiene una camiseta negra con el escudo de Superman y debajo la leyenda "Aguapanela para el alma". Todos lo conocen como Súper Daniel.

—¿Qué hacen ustedes cuando alguien pide entrar a una fundación para rehabilitarse?

—En estos momentos los dirigimos a Centro Día porque no tenemos la capacidad de hacer rescates —me cuenta—. Tenemos una deuda de treinta millones de pesos de padrinos que se comprometieron a rescatar a alguien y lo abandonaron.

—Hay momentos, sobre todo después de un operativo o cuando sufren algún tipo de violencia que se cuestionan ¿yo qué estoy haciendo aquí? —comenta una voluntaria que está con nosotros—. El día que hay un operativo hay cuatro o cinco que se quieren ir.

—¿Y las privadas cuánto valen?

—Si son privadas, todas son pagas y valen mucho —dice ella—, hay algunas en las que vale dos millones de pesos la mensualidad.

—¿Y el plan padrino que ustedes tienen cómo funciona?

—Unos amigos de Barbosa nos dejan a setecientos mil pesos si son referidos por nosotros. Lo que pasa es que, en ese caso, si fuera así, el contrato se haría a nombre tuyo. Por lo que nos pasó, porque el día de mañana te quedas sin trabajo, te desapareces, y si lo hacemos nosotros la deuda nos queda.

No sé cómo se hace un censo de la gente que no tiene un domicilio fijo, un techo donde dormir, comer, bañarse. Amar. El último que hizo el gobierno, un año antes de la pandemia, reportó que trece mil personas en todo el país son habitantes de calle, y de ellas, 3788 se encuentran en Medellín. Cifra que no es del todo real.

—¡Están por todas partes! Por eso también nos parece que hay más —me dirá luego Javier Ruiz, economista y fundador de Visibles—. Es evidente, pero no sabemos cuánto ha crecido esta población, sobre todo cuando después de la pandemia vivimos la mayor ola de migración venezolana y muchas familias cayeron en la pobreza extrema.

La mayoría de fundaciones que trabajan con población habitante de calle lo hacen desde la informalidad y lo más difícil es autosostenerse. De hecho, muchas desaparecieron después de la pandemia, o tuvieron que volver a los programas de asistencialismo alimentario y dejar de hacer actividades con las familias que están en riesgo. No es un misterio que nadie quiera apoyar a fundaciones de este tipo porque consideran que es una alcahuetería; y programas como estos que reparten alimentos ocasionalmente son repudiados por la policía con el argumento de que "estas actividades propician la criminalidad".

Le pido que nos acerquemos a Nicolás para que lo escuchen:

—Hola, Nicolás —lo saluda Daniel.

—Yo soy un alma en pena, pero quiero salir.

—¿Y tenés familia acá?

—Mi familia está en Copacabana.

—¿Llamamos a tu mamá?

—Sí.

—Dame el teléfono —Nicolás recita el teléfono que se sabe de memoria.

—¿Cómo se llama ella?

—Doña Judith. Debe estar pensando en mí. Hace una semana me volé.

El celular suena y alguien del otro lado contesta:

—¿Doña Judith? Cómo está, estoy por acá con su hijo Nicolás... No le pasó nada malo, él está acá y dice que quiere salir... Ya se lo paso.

—Permiso, muchas gracias, aló... Qué más, má, me alegra oírlo, en la jugada... Descanse, descansa usted que sí puede... Hoy me tocó dormir en la calle... Ellos están diciendo que la fundación es en Barbosa, ¿cierto?... Sí me pueden llevar, pero hay que pagar una cuota mensual... Sí, yo la pago vendiendo maní... no puede contener las lágrimas—. Bueno, má, yo le hecho la bendición, Dios la bendiga... No he podido ser un DON ALGUIEN —insiste—. Sáqueme el pase, póngame a manejar... Bendición, bendición.

Cuelga.

—Usted no lleva una semana volado —dice Daniel—. Lleva mucho más, y para una mamá un mes o un año es mucho tiempo.

—¿Qué le dijo la mamá? —le pregunto a Daniel.

—Me dijo que ella está sola y que los hermanos de Nicolás no quieren que vuelva.

El sistema de la Alcaldía para la atención de habitantes de calle invierte más de veinticinco mil millones de pesos anuales. Esto incluye el financiamiento de programas como Centro Día, que tiene cuatrocientos cupos en las noches, pero que puede albergar hasta mil personas en un día completo. Las granjas de resocialización, con 250 cupos. Los albergues con 205 cupos para personas que están en procesos de recuperación de accidentes o de enfermedades como VIH y tuberculosis. La atención para habitantes de calle crónicos —que no pueden valerse por sí mismos y el Estado debe asistirlos—, con 270 cupos agotados. Además, hay seis carros y veinticinco personas que brindan atención móvil en la calle, y dos puntos de atención en Barrio Triste y San Juan con la Orientación que funcionan de 6:30 a. m. a 4:00 p. m. En el último censo nacional también se midió que el 53 por ciento de los habitantes de calle dijo desconocer estos programas.

Nicolás se resigna a que esta noche no encontrará un lugar seguro para dormir, se toma la aguapanela, el naproxeno, y sin decir palabras, aporreado y triste por lo que escuchó de su madre, se va caminando hasta perderse en la esquina, por donde sube una mujer bajita que vende tintos.

—Tinto, lleve el tinto —dice.

Se llama Érica y vive en Santo Domingo. Llega a las seis de la tarde, tiene seis hijos, seis nietos y hace seis años trabaja en el Bronx. Uno de sus hijos menores consiguió una chaza en la esquina para vender bombombunes, barriletes, chicles, promos de cigarrillos de 250 pesos que no sé qué contienen y el tinto que ella sube hasta la esquina donde se hacen los aguapaneleros.

—¿A cómo es el tinto?

—A mil pesos —le compro uno—.

¿Cómo le parece lo que ve acá todos los días?

—Todos somos humanos, pero tenemos muy malas amistades. Del traguito al cigarrillo, del cigarrillo a la marihuana y de ahí a un pase, y de ahí a estas cochinas. Aquí hay doctores. Mejor dicho, usted se pone a hablar con ellos y aquí hay gente preparada.

—¡Nos vamoos! —comienzan a gritar los voluntarios.

Han pasado tres horas. La ropa para donar se la llevaron puesta, las pastillas también. Los carritos están vacíos de pan y en los bidones ya no queda ni el pegote. El Profe, uno de los líderes del grupo, está llorando. Un habitante del submundo acaba de regalarle un collar

gigante con un atrapaseños y los dos se están abrazando en la mitad de la nada. Agaché la cabeza para contener las lágrimas. No me atrevía a mirar a nadie más cuando apareció Marta, también llorando. Pensé: qué raros somos los que encontramos júbilo acompañando gente que está en agonía.

21 de noviembre de 2019. En la cuenta de @everydayhomeless apareció la foto de un niño con el pelo mojado, cargando dos sillas, y detrás el Esmad. El post describió que era la noche de un frío jueves, en un operativo de rutina donde, probablemente, el habitante de calle que se veía en la foto salía con lo que consideraba "sus pertenencias": un par de sillas, una cobija, una pipa y una sombrilla. En la descripción se preguntaban: "¿Para dónde se van? ¿Una cuadra arriba o una cuadra abajo?".

Esta imagen recuerda los operativos desarrollados en la primera semana de enero de 2002 cuando en el sector conocido como Las Cuevas, en Barrio Triste, en un radio de veinte cuadras a la redonda, se incautaron treinta kilos de marihuana, trescientas papeletas de basuco y 120 cápsulas de Roche.

Juan Manuel Santos, en 2013, pidió dismantelar veinticinco ollas de vicio en veinte ciudades del país, y ese mismo año se estaba promulgando la ley 1641 por la que se ordenó al Estado garantizar la atención integral de los habitantes de calle.

Diez años después, los comerciantes de Cúcuta con La Paz aseguran que han sido "invasidos" por cerca de ochocientos habitantes de calle. El 22 de mayo de 2022, el Tribunal Administrativo de Antioquia profirió medidas cautelares para reparar con medidas integrales el sector que hay entre Cúcuta, Juanambú y Argentina. Dicen que son siete ollas a cielo abierto y que cada una puede manejar hasta cuarenta millones de pesos diarios. En el último operativo, realizado el 27 de febrero de este año, se incautaron 1200 gramos de basuco, 605 gramos de base de cocaína y 140 baretos.

Después de la primera foto, los seguidores de la cuenta escribieron preguntando por las personas que veían, querían ayudarlos. Se sumaron voluntarios de las universidades: psicólogos, trabajadores sociales, antropólogos, sociólogos, filósofos, comunicadores, periodistas. La Universidad de Antioquia contrató la ejecución de escuelas de arte y cultura para trabajar con ellos, y en estos cinco años han nacido muchos proyectos que buscan no solo visibilizar, sino también ayudar a mitigar la pobreza extrema: Café tertulia, Cine a la calle, Escuela de calle, Callejeritos... En tardes como estas de buen tiempo, cuando nos podemos sentar en la mesa de un café, traigo de nuevo a la conversación las palabras de hastío: "Llevo tanto tiempo mirando lo mismo... es como si la historia siempre se repitiera".

—¿Qué significa esa expresión Jorge? ¿Es impotencia? —le pregunto.

—No es impotencia, al contrario. Creo que he pasado tanto tiempo entre ellos que pude llegar a sentir esa emoción, ya no la tengo. Estoy seguro de que la población habitante de calle existe, existió y existirá. Hace parte de la condición humana. Lo que siento ahora son preguntas: ¿por qué crece tanto esta población? ¿Qué es lo que hace que la gente llegue allá? ¿Por qué sucede esto?

Susan Sontag vio la fotografía como una práctica poderosa y problemática, capaz de revelar verdades profundas sobre la sociedad y el individuo. Las imágenes de *Everyday Homeless* son la prueba de una forma de vida diferente. A los dos, Nataly y Jorge, estas imágenes les han conducido a los límites de la sociedad en la que vivimos, a sus lugares oscuros, pero también a tratar de iluminar otra posibilidad de existencia. ©

y refrigeradores y niños y niñas desecolarizados y mugre de tierra encostrada y pegoste de comida y aceite de fritar y costales de alimento para el gallinero la lora el caniche y la Mongotía recostada en un cojín de espuma con forma de triángulo, viendo en la televisión el mismo programa matutino que veía Lourdes para matar el tedio de las semanas, y así fueron avanzando detrás de la vieja, casi sin mirar, pero sin poder evitarlo, impulsados por la necesidad de salir cuanto antes de la madriguera nauseabunda en la que vivía un número no determinado de personas y animales y objetos.

A Donovanio lo encontraron tirado en la cama, despertando de la siesta que le hacía al desayuno.

—Nosotros somos gente humilde, gente del campo. Estamos acostumbrados a hacer de todo muy temprano —dijo la vieja, como tratando de disculpar la aparente holgazanería del marido.

Lourdes creyó haber descifrado el plan del piloto y sintió pena por doña Senovia, que en ese momento les daba la espalda mientras abría la puerta del solar. Aprovechó para clararle una mirada al piloto y decirle con los ojos y con un leve apretón de labios “acabá ya con esto, pues, qué pesar de esta señora”, y él volvió a decirle que, untado un dedo, untada toda la mano, y no le pudo decir más porque en esas la vieja volteó y les dijo “sigan”, y ellos por fin pudieron abrir sus fosas nasales y humedecer de saliva sus bocas reseca y respirar el aire no tan puro, pero sí más agradable, del solar comunitario.

Encerrado en una prisión solitaria, separado de las gallinas por una pared de estibas, el gallo picoteaba el suelo, alzaba las plumas, voleaba la cresta, y cada dos o tres pasos daba un saltito acompañado por un inútil batir de alas que no lo llevaba a ninguna parte. Parecía nervioso, pero los gallos y las gallinas siempre parecen nerviosos, pensó Lourdes. Entonces, como si quisiera mostrar sus talentos a los visitantes, el gallo llenó de aire su cuerpo ovalado, alzó la mirada al tejado de zinc y estiró tanto el cuello que creció casi al doble de su altura original. Su voz era desafinada, pero potente. Y, en

conjunto, había algo de gracia en el esfuerzo inmenso que tenía que hacer el ave para cantar.

—¡Kiiiiiiii kiiiiirikiiiiiiii!
Al piloto le hirvió la sangre.

—Cuando estábamos allá arriba era como un relojito —dijo la vieja—. Ahora, las luces de la calle lo confunden.

Lourdes y el piloto se miraron con complicidad: así que resultó ser cierta su teoría del cucú dañado. La vieja abrió la puerta de la jaula y el ave saltó al otro extremo, escurridiza.

—¿Cuánto quiere por él?

—Deme cincuenta mil —respondió la vieja. Lo que valían en ese entonces unos doce almuerzos ejecutivos.

La transacción fue simple, ágil, chan con chan. El piloto sacó un billete de cincuenta mil de su billetera y se lo entregó a la vieja, que se levantó la falda y lo guardó en un bolsillo de sus calzones. Acto seguido, se metió de un brinco en la jaula, ágil ella, como si tuviera veinte años menos, acorraló al gallo contra una esquina y lo tomó por el pescuezo, se lo entregó al piloto y el piloto le acarició las plumas empolvadas de hollín de leña, acomodó como una hélice sus manos sedientas de silencio y empujó en direcciones contrarias hasta sentir el crujir del cuello del animal, que a él le sonó como masticar una papita frita y a Lourdes como el croar de los insectos de medianoche que solía escuchar en la finca de sus abuelos.

El gallo ni siquiera chapaleó. No se resistió, no cacareó, no tuvo posibilidad de defensa. Puede decirse incluso que no sufrió, salvo por la corta angustia que debió sentir cuando la vieja empujadora se le metió en la jaula, y por la vida miserable y confundida y sin propósito que llevó desde que lo bajaron de la montaña a la nueva urbanización. El gallo aparentemente no sufrió y su cuerpo silencioso cayó a los pies del piloto en una transacción ágil, sencilla, chan con chan, que se repetiría cada quince o veinte días con el gallo de repuesto que la vieja les vendería cada vez más caro (muerto y deshuesado, si así lo requerían) en las nuevamente frecuentes visitas del piloto a su familia feliz de película dominguera. ©



Un secreto se compra, un secreto se vende. Dos niños en Cértégui intercambian uno para defenderse de los males que sobrevienen: los espíritus protegen la carne. *Buscando mi madre dedió*, de Arnoldo Palacios, es una biografía novelada que narra con gracia y misterio la vida entre las selvas del Chocó del siglo XX. Aquí recuperamos un fragmento.

La oración de san Jerónimo

por ARNOLDO PALACIOS

• Fotografías de Liberman Arango

Dije: —Eladio: vos sabés una oración y me la tenés que enseñar.

De tanto molestarlo Eladio cedió. Se demoró varios días diciendo buscando el momento oportuno: no debíamos encontrarnos sino él y yo; a menudo, insistía él en su deseo de enseñármela sin interés especial alguno, apenas por servirme. Sin embargo, a mí me daba que Eladio me estaba caramoleando. A ratos me sentía defraudado. Al vernos, él me salía con el mismo cuento.

—Yo sí quiero enseñarte la oración... —repetía, pensativo.

—Ya te comprometiste, Eladio. ¿Hasta cuándo me vas a hacer esperar? —le suplicaba.

—No es eso, hombre. Lo que pasa es que yo quiero dártela sin interés —recalcaba él.

—¿Qué interés? Tú hablas siempre de interés, Eladio.

—Para ser franco: si yo te doy la oración regalada no te sirve. Tú lo sabes: la oración robada es la mejor. Y si uno no logra robársela, entonces, la debe comprar.



Tumba de Arnoldo Palacios, en el cementerio de Cértégui, su pueblo natal.

—Te la compro, Eladio.

—¿Vo tenés con qué?

—Consigo.

—Bueno, la oración debe pagarse con monedas de que no sean números pares sino nones: uno, dos, tres, siete, once; jamás ni dos, ni ocho, ni veinte... Yo te la vendo por siete reales... Yo no te quisiera cobrar; si no te cobro no te sirve, y encima de eso se me daña... Es la oración de san Jerónimo...

Eran más o menos las siete de la noche. Los dos estábamos sentados en la punta del andén de cemento de mi casa. Oscuro, no distinguíamos a los pasantes, estos sabían de quiénes eran esos dos bulticos acurrucados en la punta del terraplén. Yo no tenía en esos momentos los siete reales. ¡De dónde! Apenas los consiguiera, la oración sería mía.

Daba y requetedaba vueltas a mi cabeza estudiando la forma de obtener esa suma. Mi papá me daba de vez en cuando mis cinco chivos y mi madrina Elisea, al venir al pueblo a hacer el mercado, los sábados, me regalaba mecatos e incluso me deslizaba en la mano una peseta; naturalmente, mi madrina Elisea prefería hacerme regalos, creo no la halagaba mucho darme plata cantante y sonante; dízque no era conveniente acostumbrar a los muchachos a manosear plata, el dinero era cosa mala y al fin de cuentas, podía romper el corazón. El padrino era alguien sagrado escogido por Dios para velar por la pureza del ahijado. Al contrario, debía infundirse asco hacia el dinero, engendro del diablo. ¿Cuánto tardaría reuniendo siete reales? Mi papá no me los ofrecería de un golpe. Mi madrina Elisea me daría hasta más, pero si le decía, por ejemplo, que era para yo comprar una camisa, lo cual yo no me atrevería a proponerle, pues ella sabía que yo no necesitaba una camisa. Solo en caso de ver ella en una tienda una camisa que le gustara como para su ahijado, me la obsequiaba. Por propia iniciativa mía, jamás, sería una afrenta para sus compadres, ¡ni más faltaba!

Me dediqué a inspeccionar minuciosamente la casa, a efectuar con frenesí

la cacería de monedas. A cualquier rehendiya que brillara, cualquier ínfimo foco de luz, cualquier tapa de botella que dejara asomar el filo plateado le mandaba el zarpazo. Un papelito de color azulado-verdoso semejava a un billete, llamaba mi atención.

Pensando, ingeniándome la manera de conseguir siete reales, gastaba bultos de energía. Me llegaban instantes de sentirme agotado. Sin embargo, lo veía muy claro en mi mente; costara lo que costara, necesitaba aprender a defenderme, lo cual implicaba ser apto para pelear. Sentado, caminando en cuatro patas, no podía pelear. Tampoco esto quería decir que yo no deseara ser una persona pacífica; al contrario, no pensaba hacer mal a nadie. Pero, desgraciadamente, ser yo el hombre más pacífico del mundo no era suficiente para defenderme. Yo sabía que uno podía verse en un momento dado medido en una trifulca. Tarde o temprano me vería manos a boca con alguno de esos individuos peligrosos, buscableito, que le buscaban a uno camorra, en cuyo caso ser pacífico no servía más que para exponerse a ser asesinado o a que le perdonaran la vida por mera compasión. Yo no aspiraba a armar peloterías, ni a adquirir fama de matón; tampoco quería verme humillado a causa de que me tuvieran lástima. Únicamente necesitaba sentirme tranquilo, en el mundo, protegido por mí mismo, por mi propia ciencia; considerarme igual a cualquier hombre; más aún, superior. Y ahora se me presentaba la primera oportunidad concreta de prepararme con la ayuda de san Jerónimo. Siete reales; toda una fortuna; suma lo bastante para comprar hasta tres raciones de plátano. Le pedí a Eladio rebajármela. Me respondió con voz sincera:

—Si te la doy barata la oración en ese caso no te sirve para nada y a mí se me daña, pierde su poder. Para que una oración sea buena debe ser conseguida con sacrificio. Por eso lo más aconsejable es robársela. ¡Una oración robada es lo que no hay!

De no conseguir los siete reales, me la tendría que robar. ¿Cómo? Me quedaba otro recurso: robar siete reales. Pero si robaba dinero me iría al infierno, a menos de confesarme inmediatamente; pero en Cértégui no había sacerdote; además, los niños no se confesaban, tenían de aguardar hasta la primera comunión. De todas maneras yo no podía quedarme como un pobre pendejo, expuesto a que me patearan, me escupieran. Si me pegaban yo tenía que pegar más duro, si intentaban matarme no debía dejarme matar. ¿Matar yo? No. Yo necesitaba era defenderme. ¿Por qué san Jerónimo servía para pelear? ¿Quién era este santo de quien nunca nadie había hablado? ¿De dónde había sacado Eladio ese santo tan desconocido y tan poderoso? Sí, debía ser una magnífica oración puesto quienes la sabían la mantenían en absoluto secreto. Eladio fue inflexible. Para mí el asunto era urgente. De no hacerme ahora a la oración nunca más se me presentaría otra ocasión.

No recuerdo al cabo de cuánto tiempo reuní los siete reales. En todo caso no robé. Una noche, oscura, por cierto, los dos nos sentamos en el pretil de la casa: —Esto es dando y dando —me dijo Eladio.

Extenuado de esperar en la sombra le alargué mi mano con los siete reales; él hizo gesto idéntico con la suya, desliziéndome un papelito doblado mientras recibía los siete reales moneditas. La primera corriente de ese poder me estremeció. Claro, podía y debía aprender más oraciones, adquirir secretos también.

Ahora sí era cierto que no me importaría el no poder caminar. Podía continuar arrastrándome. Nada me arredraría. El único temor que hasta hace poco me había atormentado, o sea, el de no poder defenderme, quedaba liquidado. Podía pelear, colocarme en plano de igualdad con quien tuviera oración, vencer a quien no la tuviera. Nadie me humillaría. Esta sensación de total conquista de la igualdad me llenó el cuerpo de cierta embriaguez nacida

de una cierta alegría y de una potencia violenta que hinchaba ya mis venas.

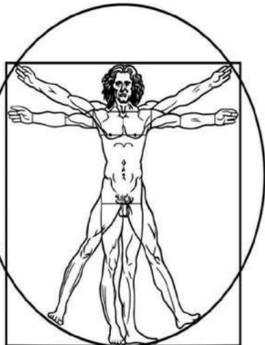
Esperé hasta cuando todo mundo se durmió; entonces, a la luz de una lámpara de querosín desplegué el papelito ante mis ojos. No contenía más de cuatro líneas, lo cual me asombró. ¿La tan mentada oración de san Jerónimo era apenas eso tan cortico? Sin embargo, las cuatro líneas aquellas me dieron mucho que hacer hasta lograr estar seguro de habérmelas aprendido de memoria. Incluso, cuando ya estaba convencido de habérmelas grabado me seguía asaltando el temor de haber cambiado una palabra por otra u olvidado algún detallito. La falla más insignificante volvía inútil la oración. Entonces, me veía obligado a releerla punto por punto.

También me dejó perplejo el no hallar frases extraordinarias ni palabras nunca oídas. ¿A ver? Sí, había una palabra rara, una sola, pues, la palabra Amén que también estaba allí la sabía todo mundo. Dudé de la eficacia de esas palabritas que, al fin y al cabo, me parecieron insulsas. Pero tan pronto como advertí haber dudado me arrepentí. No dudar de la oración era otra norma que debía respetarse. La sola sombra de la duda me había ya quizá dañado la oración. Al mismo tiempo me consolaba la certidumbre de que mi desconfianza no había sido rotunda. Buscaba así mis propias razones para no reconocer mi culpa. Y me dormí, atormentado de tanto querer borrar mi desilusión.

Me desperté cansado, el cuerpo estropeado, todo mi ser sobrecogido de una zozobra insoportable. Mi alegría sentida al recibir el papelito de la oración se me había transformado en sensación de pecado. Ya yo no era el mismo; me hallaba prisionero de un secreto:

San Jerónimo bendito,
Alcolín en el altar:
A como bendecites el cáliz
Bendécime mi mano, para yo pegá Amén.

Y me parecía que todos los de mi casa me miraban con sospecha. ©



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



Quieres saber que es La Bruja Riso?

PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 12:15 m a 10:00 pm
Reservas: 321 241 8833

Calle 57 (Argentina) # 41-57
Medellín, Colombia

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Tel.: 3168789335

Restaurante **EL ÁRBOL DE LA VIDA**
Comida Natural



PAN



MASA MADRE
artesanal y saludable
Catálogo, ventas y domicilios



UN PUNTO FIJO

@unpuntofijocafe
Tel: 3041438515

- Carlos E. Restrepo
Panadería masa madre
Calle 51 No. 64B - 40
Mall Aguamarina, local 6
- Laureles
Café cultural y panadería masa madre
Carrera 76 No.33A-36



PALINURO
LIBROS LEÍDOS

@libreriapalinuro

Calle 49B#75-33
6042609160

Compra y venta de libros



SOLAR DEL ÁGUILA

BARRIO ADENTRO
CHARLAS EN EL SOLAR

PERSONAJES DE DISTINTOS OFICIOS HABLAN SOBRE LAS HUELLAS QUE EL BARRIO HA DEJADO EN SUS PROPUESTAS ARTÍSTICAS Y VITALES.

MARTES 6:30 P. M.
Reinaldo Spitaletta
Juan Fernando Ospina
Gilmer Mesa
Jairo Gordo
Esterfania Carvajal
Victor Gaviria
Robinson Posada

LITERATURA A L SOLAR

Miércoles **Marzo 20**
6:30 p. m.
Presentación del libro **París Trejos**
por **RICARDO ARICAPA**
Moderación Alberto Morales

CONTANDO LAS RAYAS DEL PUPITRE
CUENTERÍA Y HUMOR
COMEDIA EN EL SOLAR

HASTA EL **23 DE MARZO**
VIERNES Y SÁBADOS 8:00 P. M.

Flaco
cuenta cuentos

PULEP DUE371

BOLETA EN MANO.COM

LA CARA SIN SELLO

CRA. 45 #59 - 77 • WWW.SOLARDELAGUILA.COM • @SOLARDELAGUILA

Canaguar

Revista de cine colombiano

Una publicación de **cinéfagos.net**

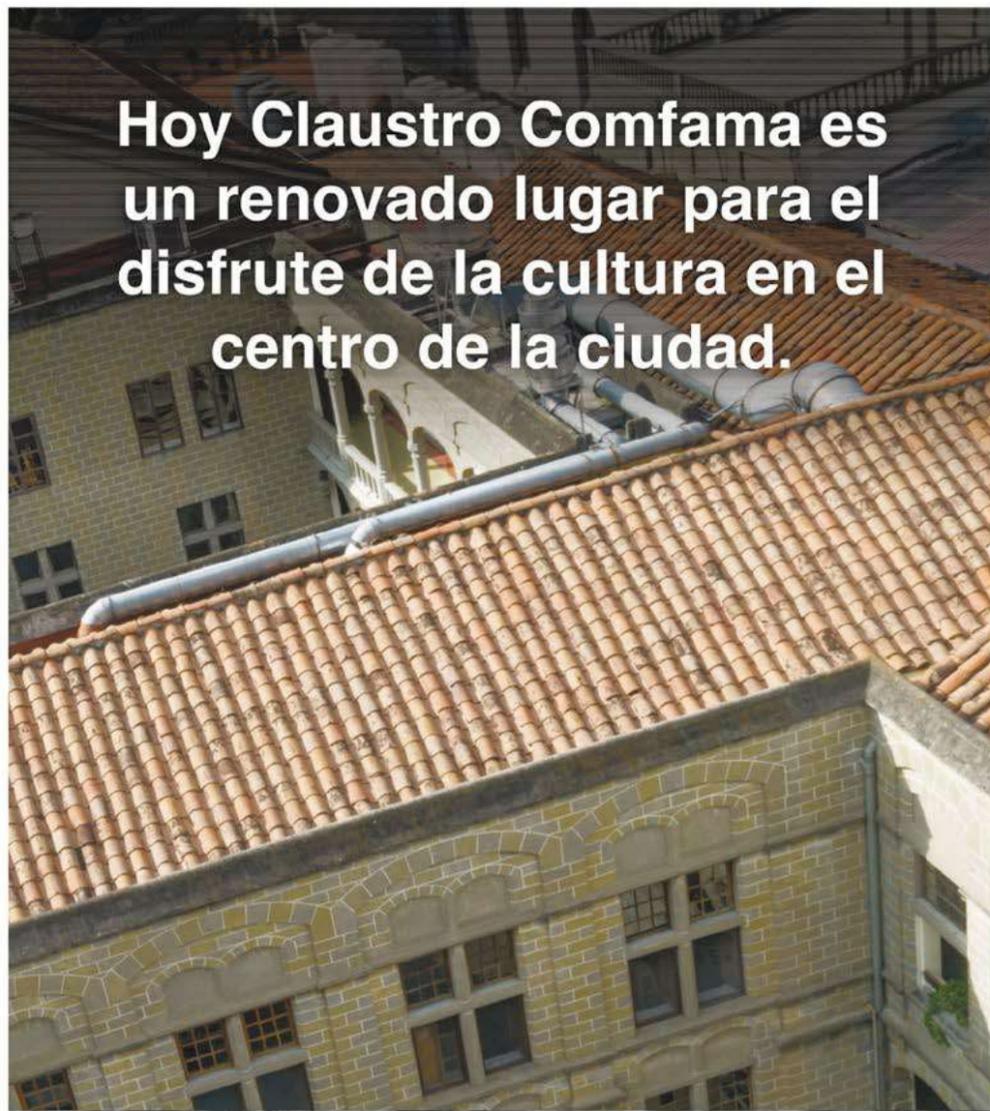
canaguaro.cinefagos.net

comfama

Habitar y cuidar nuestro patrimonio

Una obra con más de 200 años.

Hoy Claustro Comfama es un renovado lugar para el disfrute de la cultura en el centro de la ciudad.



VIGILADO SuperSubsidio 

Conoce más de la historia
y su transformación en
www.comfama.com

